

# **El secreto de los buscadores de perlas**

# **El secreto de los buscadores de perlas**

Juan Pedro Molina Cañabate

© Juan Pedro Molina Cañabate

This book was produced using PressBooks.com, and PDF rendering was done by PrinceXML.

*Para ti, Marta,  
aunque me hayas pedido mil veces  
que no lo hiciera.*

*Pero ¿cómo no iba a dedicarte este libro  
si tú eres el viento que empujas mis velas?*

# Contents

|   |     |
|---|-----|
|   | 1   |
| 1.- Las dudas de nuestro Señor  | 2   |
| 2.- ¿Dónde están el principio y el fin?   | 9   |
| 3.- El corazón de un esclavo  | 29  |
| 4.- Las pequeñas estrellas de la muerte   | 34  |
| 5.- Pruebas de que existe algo más  | 36  |
| 6.- Perlas negras   | 39  |
| 7.- El monte Akal   | 47  |
| 8.- Una posada nauseabunda  | 50  |
| 9.- La quinta del loco  | 55  |
| 10.- He descubierto vuestro juego   | 62  |
| 11.- El Señor de las Bestias  | 68  |
| 12.- Como cartas de amor imposible  | 75  |
| 13.- La Gruta de las Doce Lechuzas y el poblado de Nueva Esperanza  | 87  |
| 14.- ¿Esto es un adiós?   | 96  |
| 15.- El secreto que sólo se puede escuchar con el corazón   | 100 |
| A modo de epílogo y notas bibliográficas. De cómo el robo en una casa puede ser el primer paso para escribir una novela | 113 |

---

La presente novela está inscrita en el Registro de la Propiedad Intelectual y fue publicada por Ediciones Siruela en 2002. En 2013 es reeditada por el autor en formato e-book para su difusión gratuita.

---

## 1.- Las dudas de nuestro Señor

Hubo un día en que fui uno de los oficiales más apreciados de la Corte. Pero, no sé si por suerte o por desgracia, me enteré de ello tarde y cuando ya no había remedio.

Ocurrió al regresar de las Indias, cuando tenía ya la muy considerable edad de treinta y cinco años, algunos dientes menos, una pierna renga que me hacía el andar torpe, y esta infame letra U marcada a fuego en mi frente. Letra que, para quien no sepa qué significa, es motivo de miedo o, peor aún, de escarnio.

Traía para el Rey los informes que él mismo me había encargado en secreto, años atrás. Pese a que pertenecía a la Guardia Real, yo era hijo de un hidalgo pobre y sin solar, caído en desgracia y acusado de deslealtad. Y, quizá por esta razón, nuestro monarca se había obcecado en que, si yo quería hacer carrera en la Corte, debía demostrarle *aún más* mi obediencia y mi valor. Y como yo sabía leer y escribir y me amoldaba a las circunstancias y a las personas de mando, me envió a las Indias. “Allí”, me dijo, “tus ojos serán mis ojos; y los diarios que escribas, mi memoria”.

Por entonces yo era muy joven e inexperto y, como tantos otros soldados, sentía la necesidad urgente y estúpida de ser valorado por los demás.

Ingenuo, acepté sin reparos.

Nuestro Señor Felipe vivía obsesionado con varias dudas. En primer lugar, quería saber si nuestro ejército era tan cruel como le había asegurado fray Bartolomé de las Casas. También quería saber si los indios tenían alma y, en caso de que así fuese, si eran conscientes de tal poder. Quería tener noticias de Pedro de Ureña, un gobernador sin alma, responsable del comercio de perlas de las costas de Sentise, Cubagua y Cumaná. Y, por último, quería saber cuál había sido el destino de todos aquellos enviados que me precedieron en idéntica misión. Porque más de una veintena de hombres habían partido en busca de Ureña hacia las tierras del otro lado del mar y ninguno había regresado.

Y partí con esos cuatro encargos. Corría el año 1572; habíamos aplastado a los turcos en Lepanto, comerciábamos con el oro del Perú y los soldados españoles decíamos en voz alta que teníamos el Rey más poderoso de los hombres. Pero, tal como me dijo un sicario de Ureña mucho tiempo después, sólo de los hombres.

Pero será mejor que siga con mi relato. El día en que volví a Palacio, años después, estaba tan irreconocible que los mismos chambelanes que un día fueron mis amigos me prohibieron el paso cuando les dije que debía ver al Rey. ☐Creían que estaba loco! Para colmo de males, no les podía sobornar ni probarles mi identidad, pues había perdido en las Indias todas mis cédulas y había gastado en el viaje de vuelta el poco dinero que me quedaba, sobre todo desde que desembarqué en Sevilla hasta llegar a la villa de Madrid.

Sólo me quedaba esperar un milagro, y éste no tardó en ocurrir. Al poco rato apareció un oficial, un viejo amigo que me reconoció. “Iba en otra dirección”, confesó, “pero sentí una voz que me llamaba desde esta puerta. Y, válgame Dios, has aparecido, tú, querido amigo, después de tanto tiempo”.



Me extrañó que después de tantos años me hubiera reconocido. Pero lo que me turbó aún más fue otro sentimiento. Los dos habíamos envejecido sobremanera, quizá por encima de lo que correspondiera a un hombre de nuestra edad. Pero juro que la mirada de mi antiguo compañero era de ámbar y más dulce que la de cualquier otra persona de nuestro tiempo. Se dirigía a mí de manera condescendiente, como imagino que lo harían los sabios de otra época, ésos de los que me hablaron en mi niñez los curas del convento en donde mi padre me internó. Mi amigo también me miraba como si conociera toda mi historia. Me tomó del brazo y cruzó conmigo el gran patio mientras me hacía preguntas sin descanso: cómo me sentía, si había sido feliz, si había vuelto para quedarme definitivamente en España. Yo le contestaba lo que podía, apenas sin tiempo para responder a la siguiente pregunta que ya me lanzaba.

Llegamos al otro lado de los soportales, y me dejó en manos de un religioso altivo y obeso como un capón, con labio belfo de perro. Antes de irse, como si quisiera darme fuerzas contra la mirada inquisidora de aquel religioso, me dijo con una sonrisa que nos veríamos en breve y que antes, mucho antes de lo que yo imaginaba, la vida nos iba a dar un vuelco. “¿Acaso este reencuentro no ha sido un golpe de suerte? ¿Acaso no ha sido un milagro?”, aseguró ante mi mirada de incredulidad y cansancio. La verdad, después de todo lo que me había tocado vivir, yo estaba para pocos milagros.

Me sentí un poco más solo una vez mi amigo se hubo marchado y el religioso empezó a registrarme sin pudor alguno y con cara de asco. Hasta entonces yo no me había dado cuenta pero, después del viaje, mis ropas eran harapos y olían mal. El capón se dio por satisfecho cuando comprobó que yo no tenía escondido puñal o arma alguna.

“Espera aquí”, me ordenó tras llevarme a una sala fresca y sombría, cuya puerta cerró para dejarme solo. La estancia tenía las paredes encaladas y sin adornos, y por mobiliario sólo una gran silla con respaldo de cuero y un escritorio de madera de roble, sobre el que descansaban un candelabro y un crucifijo.

Por fin había conseguido entrar a Palacio, sí; pero ¿querría recibirme el Rey? Probablemente ya se habría olvidado de mí, y el encargo que un día me hizo habría sido fruto, más bien, de un antojo o de una locura de soberano. Un señor todopoderoso obligado a decidir el destino de naciones, pero con dudas y vacilaciones como cualquier mortal. De hecho, se decía que vivía amargado por saber que nunca podría ser monarca tan valiente como su padre, ni varón tan perfecto como su hermano bastardo, don Juan de Austria.

Sonaron los goznes de la puerta. Entró en primer lugar, como un capón estúpido, el religioso que antes me había ordenado esperar; luego otro que portaba un escabel acolchado con cuero, que colocó enfrente de la silla grande para que alguien apoyara sus pies. Por último pasó un chambelán de barba blanca que dijo imperante:

—¿Qué hacéis con esa cara de estúpido? Mostrad respeto: va a entrar vuestro Rey.

Nervioso, inicié una reverencia y humillé la cabeza mientras esperaba que alguien me diera permiso para incorporarme. Pero no la oí; tan sólo un fruncir de ropajes, la respiración cansada de alguien a quien le costaba andar y el crujir de la silla.

Una voz hosca me dijo:

—Me han asegurado que habéis envejecido mucho en estos años.

La reconocí.

—Sí, Majestad, he envejecido.

—Me han dicho que estáis cojo y que habéis perdido la mitad de los dientes. Me han dicho también que el sol de las Indias os ha curtido tanto la piel que aparentáis diez años más de los que tenéis. Y que debajo de ese pañuelo que os habéis puesto en la cabeza, como pirata o pordiosero, está grabada a fuego una letra, la letra U.

—Sí, Majestad. También está grabada en mis brazos y hubo un tiempo en que lo estuvo en mi orgullo.

—Pues sabed, si no os lo han dicho ya —aseguró soberbio y parsimonioso—, que yo no tengo vuestras marcas, pero también estoy viejo y cojo. Y no por haber sido imprudente como vos, sino por gota, que es enfermedad de reyes. Y que la mía tiene remedio mientras que la vuestra no. Y que yo tengo médicos, y vos sólo podéis visitar a curanderas y barberos.

—Lo sé, Majestad.

—Y que dudo si debo permanecer aquí o mandaros a la horca sin remordimiento alguno. Hace años que os envié al otro lado del mar y, en todo este tiempo, no he recibido noticias vuestras ni del oro que os di. Decidme, ¿qué debo hacer con vos?

—Majestad, sería el hombre más feliz de la tierra si hicierais la merced de escucharme. Ha sido todo muy difícil, Majestad. Han pasado muchas cosas.

—¿Os informasteis para mí?

—Sí.

—¿Incluso sobre Pedro Ureña?

—Lo conocí en persona.

Silencio.

—Quiero veros la cara, Juan Bautista Beniel; quiero saber si estáis tan avejentado como dicen. Y quiero ver en vuestros ojos si decís la verdad.

Me incorporé sin levantar del todo el rostro. Miré al frente y vi a nuestro monarca de cintura para abajo. Estaba sentado en la silla, hacia atrás, con las manos en los apoyabrazos y su pierna enferma de gota apoyada en el escabel que había puesto antes su séquito. Estaba delgado y vestía de luto, con un atuendo tan sobrio que bien podría pasar por el de un hidalgo.

—He dicho que quiero veros los ojos.

Él, el monarca que decidía el destino de medio mundo, me miraba con desdén y desprecio, como años atrás, cuando me hizo el encargo. Tenía la misma palidez de su mocedad y los labios carnosos, casi de mujer o mancebo. Y, aunque se confesaba viejo y ya le asomaban canas en su barba, no le había nacido arruga alguna ni manchas propias de los años.

—Andad un poco hacia mí —ordenó para ver cómo cojeaba. Con un gesto y sin decir palabra, mandó al séquito que abandonase la estancia. Obedecieron en silencio. Por fin estábamos solos.

—Han pasado muchas cosas.

—Esperad —susurró y adoptó un semblante más relajado—. Será mejor que empecéis desde el principio. Me gusta escuchar y tengo todo el tiempo del mundo para hacerlo.

Esa frase la había oído también muchos años atrás, pero en diferente lugar, con distinto significado.

---

## 2.- ¿Dónde están el principio y el fin?

Muy bien, Majestad.

Muchos días después de haber llegado a Sentise, dije a un indio amigo la frase que una reina de Inglaterra tenía grabada en su sortija.

Era el mismo lema que mi padre, antes de que yo partiera, había mandado inscribir en la cazoleta de mi espada. El buen hombre quería que yo la leyera cuando me hiciera falta un consejo y él no estuviera conmigo. Y puedo jurarle que —aunque tardé mucho en hacerla caso— tuve que leerla y recordarla muchas veces. Poco después de llegar a Sentise, Majestad, intuí cuál había sido la verdadera razón por la que me enviasteis a las Indias y cuál podría ser mi destino si no actuaba con tenacidad. Necesitaba palabras de aliento, como aquellas de la espada, al igual que aquel joven indio —que se llamaba Lázaro— necesitaba de mi ánimo.

El lema en cuestión era: *Confía siempre en la suerte y en el bien*. En fin, ya le he dicho que ese consejo me ayudó mucho, aunque tardé en hacerle caso. Quizá porque la reina en cuestión murió decapitada por orden de su amado esposo.

Atracamos en el puerto de Sentise una mañana de verano, después de setenta días de travesía. Y por muchos avatares que me ocurran en lo que me reste de vida, por mucho que pierda la cabeza en mi vejez y los días de juventud tan sólo

parezcan mentiras, siempre recordaré aquella primera mañana en el Nuevo Mundo, más bella y luminosa de lo que jamás pude haber imaginado.

Ahora comprendo que el destino ya jugaba conmigo desde el día anterior a llegar a puerto. Yo no me daba cuenta; no pensaba casi en mi misión. Porque, ¿cómo iba a hacerlo? Todo era nuevo para mí. El viento era fuerte, nos llevaba a tierras del otro lado del mar! Hinchaba las velas blanquísimas de nuestro galeón bajo un cielo más azul de lo que nunca había visto. Luego, aquel olor a sal. Apoyado en la borda, escuchaba ya en mi imaginación los cañonazos con los que en tierra anunciarían nuestra llegada; seguro que nos recibirían con revuelo, casi con honores. Mientras, me bastaba con observar las maniobras de las carabelas que nos escoltaban.

En esto, recibí una palmada en la espalda, tan fuerte que perdí el resuello:

—Por la Virgen, te has quedado alelado, chico —dijo alguien detrás de mí antes de dar una risa bravucona.

Di media vuelta y vi a un hombre rubio y muy alto, de cara redonda, muy sonriente y de ojos azules. Parecía un ángel obeso y torpe que Dios había puesto en mi camino, quién sabe si para probar mi paciencia.

—Que te digo que te has quedado bobo, muchacho.

Le dije que se largara, que yo era soldado y que, si yo quería, podría mandar colgarle del palo mayor.

—*Buf*, mira cómo tiemblo. ¿A que estabas imaginando cómo nos recibirían en las Indias? ¿Crees que te recibirán con honores? No los esperes. Allí todos seremos ricos y libres y no importará dónde hayamos nacido, ni quiénes son nuestros padres, ni tan siquiera que tú seas oficial o el mismísimo Papa. En el Nuevo Mundo regirán nuevos valores.

»Perdona mi atrevimiento —me dijo acto seguido y con una sonrisa—. Me llamo Gabriel Galán, soy castellano y éste es mi segundo viaje a las Indias. Y allí pienso quedarme ya para siempre. ¿Sabes?, voy a tener plantaciones de frutos que jamás se han visto en España; voy a ser comerciante.

Luego puso sonrisa pillita y dijo:

—Y ahora que es legal casarse con una india voy a tener una.

—¿Sólo eso? —dije, sin querer mostrar envidia— ¿Sólo vienes aquí para malganar cuatro cuartos y fornicar con una india?

—¿Cómo que *sólo*? Eres demasiado joven y no sabes que las cosas más importantes en la vida son que te quiera una mujer y dejar obra. Yo soy un poco torpe con letras y números, así que mi obra será dejar hijos y plantaciones. Si esto te parece poca cosa, chico, será que vienes con un cometido importante.

Mentí, por supuesto. Le comenté que llegaba en una misión rutinaria que me llevaría poco tiempo. Por aquel entonces, los colonos no se extrañaban de que Vuestra Majestad enviase al Nuevo Mundo oficiales que vigilaran cómo se gobernaban aquellas tierras. El angelote puso cara de circunstancia, como sin creérselo del todo, como si yo no valiese para una misión de peligro.



—¿Sabes que los indios caribes comen carne humana, hijo? ¿Tendrías valor para enfrentarte a ellos? —Bajó la voz, casi en susurro—. Ellos cazan a sus presas humanas como en España los lobos a las ovejas. Yo he sobrevivido a uno de los ataques de esos salvajes. Primero se esconden en la maleza y, desde allí, te lanzan dardos y flechas envenenadas. Pobre de ti como alguna de éstas te alcance, pues te quita la vida poco a poco, y con mucho dolor, aunque te haya dado en una pierna o en un brazo. Luego, cuando tu grupo de hombres está diezmado, sólo entonces, deciden atacarte: lo hacen por la espalda, dando gritos como demonios. Al darte la vuelta ves cómo saltan sobre ti, ataviados con penachos de plumas de colores, enseñando sus dientes afilados; mirándote con ira, con ojos salidos de sus órbitas; levantando sus grandes mazas. No puedes reaccionar; apenas tienes tiempo de echar mano a la espada, ni siquiera de encomendarte a Dios. Porque en ese momento, un latido después de haber saltado sobre ti dando alaridos, te golpean en la cabeza hasta que te rompen el cráneo.

Luego hizo una pausa, como si le costara volver de aquellos recuerdos y dijo:

—Malherido, tumbado en la tierra y con la boca llena de sangre, yo oí ese crujido. Sí, he oído cómo rompían el cráneo a uno de mis compañeros de expedición, y te juro por Dios que jamás, mal que me pese, *jamás*, podré olvidarlo.

»En mi primer viaje hablé con un marino de Santander (un tal Fernández o Hernández de Oviedo, no recuerdo bien), que me refirió historias mucho más espeluznantes y cruentas que ésta que yo viví. La más sencilla, la más inocente y la más ingenua es que halló huesos humanos en una playa. Sí; los encontró medio enterrados al lado de las cenizas de una fogata. Aún tenían carne pegada: estaban mal rebañados.

»Pero quizá tú no acabarías así tan pronto, podrías tener suerte —aclaró—. Quizá a ti te perdonarían la vida durante un tiempo. Ese marino me contó que los caníbales capan a algunos prisioneros si son jóvenes para que formen parte de pjaras durante algún tiempo. A ti te meterían allí, seguro, hasta que estuvieras gordo y sabroso y ellos decidieran comerte asado.

Puse tal cara de asco, que mi nuevo amigo cambió al instante de conversación y no se separó de mí durante todo ese día. Hablamos sin parar, gracias al Señor, de cosas más agradables a los oídos, y, mientras le escuchaba, comprendía poco a poco que las apariencias engañan, y que —tal como me enseñaron algunos de los pocos curas buenos que había en el colegio de mi niñez— las personas más sabias y con respuestas para todo son las que se esconden bajo la apariencia más simple.

Cuando llegó la noche, aquella última en el barco, y quizá para quitarme otra vez de la cabeza la imagen de los caníbales, me habló de la bondad de la gran mayoría de los habitantes de las Tierras Firmes del otro lado del mar. Me dijo que eran más bajos que nosotros, con la cara redonda, de pelo bruno y la piel atezada por el sol. Me dijo también que los hombres eran en su mayoría barbilampiños, casi como niños grandes, y que sus costumbres variaban según los pueblos a los que pertenecían.

Las mujeres que él había visto eran esposas dulces y buenas madres; fértiles como los campos y con la humedad de la selva de noche. Como la propia Naturaleza, eran niñas y sabias al mismo tiempo, tranquilas como la brisa o enfurecidas como los huracanes. Tenían a orgullo ser celosas

y dueñas de un solo hombre; siempre con el frescor de los amaneceres; misteriosas como los cantos de las aves nocturnas; necesarias como la sal.

Galán me contó que hombres y mujeres vivían de la caza y la pesca. Y así también me habló de los puercos salvajes de las montañas, de los monos, de los ciervos y variedades de conejos y perdices, de los faisanes y de los pájaros narigudos que allí llaman tucanes. Y que éstos, a su vez, se alimentan de las manzanas y de los frutos que dan los cocoteros, de las semillas que da la tierra y de los miles de insectos de los que no se sabe nombre.

Me dijo también que los primeros conquistadores ya habían llevado allí su ganado y que éste crecía en aquellas tierras firmes, desarrollándose, tornándose fuerte, tal era el poder curativo del sol y del aire de aquellas latitudes.

Inevitablemente, aquella noche soñé que encontraría la felicidad en esas tierras.

A la mañana siguiente ya estábamos cerca de las costas. Presintiendo que nuestro nuevo destino estaba cerca, toda la tripulación se puso nerviosa y comenzó a rehacer los hatos con las pocas pertenencias que llevaban. Había muy pocos niños (la mayoría de quienes iban a las tierras firmes del otro lado del mar eran personas solitarias y con pocas ligazones a España), pero los pocos que viajaban con sus padres empezaron a correr de un lado a otro de la cubierta y provocaban el enojo de la marinería.

Algunas pocas personas se asomaron por la borda para adivinar el horizonte de las nuevas tierras. A ellos nos unimos mi nuevo amigo y yo; al cabo de un buen rato ya divisábamos las playas. Gabriel las señaló con el dedo y me preguntó:

—¿A que no sabes que es eso de ahí, muchacho?

Afiné la vista. Eran unas cabañas cercanas a la arena, que se sustentaban con troncos por encima de las olas del mar, a pocos metros de la playa. A mí me recordaron a los hórreos de nuestra Galicia.

—Esta tierra se llama Venezuela precisamente por esas cabañas que se levantan por encima del agua. Al verlas, los primeros marineros que anclaron aquí dijeron que este paisaje se parecía a una pequeña Venecia, una *Venezuela*, y con ese nombre se ha quedado.

Conforme nos acercábamos más al litoral, vimos pequeñas embarcaciones que llevaban a indios pero que iban a la deriva.

—¿Sabes en qué trabajan los indios de esas canoas de allí que, en apariencia, no hacen nada?

—No.

—Aunque no lo creas, sí que trabajan y con mucho provecho. Son pescadores de tortugas y faenan sin caña ni redes.

—No te burles de mí, Gabriel.

—Por la Virgen que es verdad. Cuando me lo contó el marinero de Santander del que te he hablado, Fernández de Oviedo, no le creí. Pero luego vi este hecho con mis propios

ojos. Han amaestrado un pez caradura que se pega a otros peces más grandes que él para ahorrarse el esfuerzo de nadar. Los indios atan una cuerda a su cola y luego lo sueltan en el mar. Como por aquí abundan las tortugas, muchas veces el pez se pega a ellas. Y los indios sólo tienen que esperar un rato para tirar de la cuerda y traer consigo al pez con su presa.

Un poco más alejados de los pescadores quedaban unas embarcaciones bajas y alargadas, más grandes que las demás. Por entonces no sabía que su imagen quedaría grabada en mi cabeza para siempre, a través del ojo negro del catalejo, entre la plata de las olas, bella y sobrecogedora a la vez. En cada canoa, de unos siete metros de eslora, había cuatro indígenas con una bolsa de red atada al cuello y dos grandes piedras amarradas por una cuerda, una a cada costado. Se arrojaban al agua con pericia y tardaban mucho tiempo en emerger. Cuando por fin lo hacían, asomaban con fuerza y resoplaban como caballos. Daban dos brazadas hasta llegar a la barca y cada uno echaba en la cesta de mimbre objetos que sacaban de las bolsas sujetas al cuello y que yo no podía ver bien. Al unísono, se zambullían de nuevo.

Le he dicho antes, Majestad, que era una imagen bella y sobrecogedora. Bella por el mar y porque era consciente del esfuerzo de aquellos hombres. Y sobrecogedora porque, en cada barca, en una esquina, serio y callado, vigilante como un escorpión, había un soldado con un arcabuz.

—¿Quiénes son? —pregunté.

Y entonces oí de ellos por primera vez.

“Son los pescadores de perlas”.

Mi amigo me explicó que las bolsas de red al cuello servían para echar las ostras que guardaban las perlas en sus entrañas; y que las piedras les ayudaban para bajar a las profundidades con menos esfuerzo. Una vez abajo, mientras tomaban las conchas, su peso les ayudaba a no emerger antes de tiempo. Cuando terminaban la tarea cortaban las cuerdas: así, las piedras quedaban abajo y ellos subían más ligeros.

—Deben ser buenos trabajadores —dije.

—¿Buenos? A la fuerza: son esclavos.

Sé que su padre, Majestad, abolió en parte la esclavitud en las colonias. Hizo caso de los informes que le remitió fray Bartolomé de las Casas, en donde denunciaba las duras condiciones de vida de los indios y las injusticias que sufrían desde que nuestras tropas llegaron al Nuevo Mundo. La esclavitud quedaba abolida, sí, pero con excepciones: sólo serían esclavos los nativos convictos y los indios que ya habían nacido cautivos de sus propios señores.

Sin embargo, y de forma injusta, estas dos excepciones se convirtieron en regla general. Como, según la ley, todo convicto podía ser esclavo, sólo había que imputar un delito a un indio para hacerle siervo.

Pero prefiero continuar con mi relato.

Arribamos a puerto. Decenas de porteadores esperaban en el muelle, dispuestos a cargar la mercancía que las carabelas habían traído. Ése fue el único recibimiento, pues ninguna autoridad española nos esperaba.

—Bueno, Gabriel, he de irme —dije—. Espero que se cumplan todos tus sueños.

Nos despedimos con un abrazo. No sé si fue por el viaje o por el embrujo de aquellas tierras, pero el caso era que los sentimientos tenían doble fuerza y que cada latido de tiempo era vivido allí con más intensidad. En el brillo de los ojos de aquel nuevo amigo vi que, pese a que habíamos pasado poco tiempo juntos, me había tomado afecto verdadero.

—Ten cuidado, hijo.

—Te dije antes que soy oficial.

—¿Te acuerdas de la historia que te conté del pez rémora? Cuando uno llega a nuevas tierras es fácil que una rémora se agarre a tu corazón y te lleve directo al infierno.

Le prometí que sería prudente. Luego le vi alejarse con andar desgarrado: a cada poco se daba la vuelta para decirme adiós, con el brazo en alto y una sonrisa. Me di cuenta de que si nos hubiéramos conocido antes en el barco nos hubiéramos hecho buenos amigos. Lo supe porque, conforme mi amigo se hacía pequeño en la lejanía, conforme su figura se mezclaba, aparecía y desaparecía con la de otras gentes del muelle, así yo me sentía cada vez más solo, como una premonición o como un destino del que quería salvarme.

Cargado con mis pertenencias me acerqué a un puesto de guardia del puerto. Enseñé a un joven soldado mis salvoconductos y le ordené que alguien me acompañara hasta el cuartel general de Ureña. El chico asentía mientras revisaba mis cédulas. Ponía cara grave y las miraba con respeto. Pero no sabía leer: aunque con pose sabía, las miraba al revés.

—¡Orencio! ¡Braulio! ¡Salid! Debéis acompañar a un oficial —gritó.

Oí bostezos y gruñidos, y al cabo de un par de blasfemias salieron de detrás de la garita dos soldados sucios y con las barbas largas y mal cuidadas. Con reproches al soldado que les había llamado, tomaron del suelo mi equipaje y lo cargaron a sus espaldas.

Conservaban ya poco de su uniforme militar, hecho jirones por unas partes y remendado por otras. No llevaban coraza, sino un peto grueso de algodón (idea copiada quizá a los indios). Por supuesto, pesaría menos que una coraza, pero les hacía sudar como demonios. Tampoco calzaban botas, sino sandalias de algodón y cáñamo, más propias de campesinos que de hombres de armas. Por lo demás, ignoraron mi graduación y me tutearon sin rubor alguno. Durante el trayecto me dieron la espalda y, cuando llegamos hasta la casa donde trabajaba su superior, dejaron caer con desdén mi equipaje en el quicio de la puerta, y me dejaron a mí allí, sin presentarme a él ni despedirse de mí luego.

Yo sabía que los colonos que marchaban a las tierras firmes del mar océano no eran las perlas de cada familia. Pero no imaginaba que llegaran hasta ese extremo.

El cuartel general de Ureña, allí donde se negociaba la exportación de perlas para media Europa, no era más que una casucha baja, ubicada en un monte que presidía la bahía.

La puerta estaba abierta. Al fondo de la habitación, a la luz de la ventana, un hombre sentado en una mesa leía y firmaba papeles con una pluma de ave. Inclinado como él estaba sobre el papel no pude ver bien su cara; sólo que tenía el pelo negro y muy largo, que le caía sobre los hombros. Su mano se paró por un instante y, de forma muy lenta, levantó el rostro hasta que su mirada se encontró con la mía. Maldad tranquila de los hombres cínicos. Su nariz era aguilena; lucía



perilla como el mismo Diablo y tenía los labios delgados como los de un lagarto. Quizá fuera el cansancio del viaje o la mala noche que había pasado, pero vi en la mirada de aquel hombre que él deseaba que yo no hubiera llegado o que me hubiera muerto.

—¿El capitán Ureña? —pregunté.

—No. Éste es su cuartel, pero él no está. Marchó de aquí hace unas semanas —dijo con acento francés. Era un mercenario.

Me presenté mientras puse mi salvoconducto en su mesa y mentí de nuevo al decir que mi visita, aunque oficial, sería breve y rutinaria. Tomó el papel y lo leyó por encima, se levantó y me dedicó una sonrisa de cortesana.

—Yo soy Francois Tremonde y soy el lugarteniente del gobernador Ureña. Él ha debido marchar con una expedición hacia el interior y estará ausente una temporada. Sin embargo, nos avisó de su llegada y dio órdenes de que le tratáramos bien.

Majestad, era imposible que aquel hombre conociera mi viaje porque sólo vos y yo sabíamos de mi aventura.

Le dejé que me agasajara. Me invitó a tomar asiento y llamó a voces y con palmadas a una de las sirvientas. Vino entonces una india joven, descalza y vestida con sayal de algodón blanco.

—Tráenos de beber, Esperanza.

Al poco rato volvió a entrar, esta vez con una bandeja de plata en la que había dos vasos de metal oscuro y una botella de líquido esmeralda. Era la primera vez que veía de cerca a una mujer del Nuevo Mundo. Gabriel tenía razón: eran muy bellas. Se acercó hasta nosotros con la mirada en el suelo, que por pudor no quiso dirigirnos al servir el licor. El sol de la mañana empezaba a caer y entró por la ventana. La botella de licor, recuerdo bien, brillaba entre sus manos. Le di las gracias cuando estaba a punto de darse la vuelta para irse. Nada más.

Mientras, Tremonde me explicaba que Sentise era un modelo de encomienda. Los indios nunca habían incurrido en ningún desmán y pagaban siempre los impuestos. Cuando no tenían suficiente dinero o grano, tributaban con su propio trabajo cinco, seis, siete días o los que fuera necesario.

—Me parece buena idea que el Rey quiera saber cómo gobernamos sus tierras en las Indias. ¿Qué le han parecido mis soldados, Beniel?

—He recibido de ellos un trato *exquisito*.

—Me alegro de que así sea. Ellos han conquistado para el Rey estas latitudes y él tiene que saber ahora quieren tener sus propias posesiones, algo que les una a esta tierra, algo que pruebe que no han hecho la guerra en vano. ¿Lo dirá en la Corte, Beniel?

—Por supuesto.

—Entonces, ya que sabe cómo trabajamos y lo que los hombres desean, querrá irse cuanto antes, cuando zarpen de nuevo los barcos. ¿No es así?

—No, pasaré en Sentise algunos días más, quizá unas semanas —dije—; los nobles de Castilla no pueden viajar; las obligaciones no se lo permiten. Heme yo aquí por ellos y son muchos los deberes y encargos de los que he de dar cuenta.

Tremonde bebió un sorbo de licor y, tras paladearlo y quedarse concentrado en la talla del vaso, preguntó:

—¿Cuál es realmente su misión en estas islas, capitán?

El licor verdoso empezaba a sentarme mal y aquella pregunta me ofendía.

—Oh, no, por favor, Beniel. No se moleste —aseguró el fariseo—. Llevo muchos años en estas latitudes, y le aseguro que para vivir aquí es necesario conocer el interior de las personas; de otro modo ya me habrían asesinado. Ya le digo: no me mire así. Yo conozco el interior de las personas y veo que, en el suyo, se guarda un secreto.

Un estrépito de cristal puso fin a mi rubor. A la india se le había caído la bandeja. Entonces Tremonde empezó a gritarla, a llamarle hija de perra, muerta de hambre. Le dijo también que no le valía ni siquiera para servir.

La india recibió todos los insultos con la cabeza baja, pero no su cara no expresó humillación ni sentimiento de debilidad.

—No le trate así, Tremonde —dije ante un silencio tenso, en el que creí que el francés iba a pegar a la mujer—. Así no se comportan las personas.

—¿Ah, no? ¿Cómo cree usted que deben comportarse los caballeros con seres que no tienen alma?

Un griterío llegó del puerto y puso fin a la riña. Tremonde y yo nos acercamos a la ventana. Abajo, un remolino de gente (soldados con arcabuces, casi en su totalidad) zarandeaban a un grupo de indios desnudos, quizá pescadores de perlas. Abrí mi catalejo. A la izquierda, un soldado pelirrojo se llevaba la mano a la cara y daba muestras de dolor. El cuello y el hombro de su camisa empezaron a teñirse de rojo. Al quitar la mano del rostro afloró un corte profundo, desde la oreja casi hasta la boca, y que sangraba en abundancia.

—Antes le he dicho que no teníamos incidentes graves en esta provincia. Es una lástima que asista a uno de los pocos que ocurren. Les damos cuchillos para que arranquen las ostras, y esto a veces es un peligro.

—¿Sólo a veces?

—Nos encargamos de que sean las menos posibles.

A empujones y culatazos de arcabuces, los soldados separaron a unos indios de otros hasta que quedaron sólo tres en el centro de la plaza. Eran los más jóvenes, casi unos niños, y se les adivinaba a cada uno, en la frente y los brazos, una pequeña herida circular. ¿Por qué irían a ser castigados? Quizá habían sido los más fuertes o los más osados para intentar la fuga, pero con tal mala estrella que derramaron sangre de sus captores, de aquellos que no perdonan. El resto, Majestad, ya se lo imagina. Los arcabuces escupieron su pólvora y esos tres chicos cayeron al suelo. No murieron al instante. Heridos, se retorcían, intentaban moverse. Uno de ellos, el más niño, el de pelo más corto y oscuro, tuvo arcadas, vómitos de sangre. Y, entonces, el soldado pelirrojo se acercó hasta ellos con un puñal en mano y, como un montero que remata a un ciervo que ha derribado, lo hundió en los costados de los ajusticiados, uno a uno. La sangre

primera de cada puñalada manó con fuerza, en un pequeño chorro. Conforme se apagaba comenzaba la verdadera agonía de los muchachos, que parpadeaban, moribundos, mirando al cielo por última vez. Entre aullidos locos, excitados, los soldados festejaban su superioridad. Los cuerpos de los chicos, que momentos antes tenían vida, yacían ahora en el suelo, sacos llenos de sangre y tripas.

Antes de retirarse, el soldado pelirrojo limpió la hoja de su cuchillo en el costado de uno de los chicos.

De pie, quietos y resignados al horror, los demás buscadores de perlas habían sido testigos de aquel castigo ejemplar. Uno de ellos se dirigió la mirada hacia donde yo estaba, se fijó en mí y, aun en la lejanía, sentí cierta vergüenza de ser descubierto como curioso de aquel crimen. Era un hombre mayor, de pelo y barba blancos, pero aún fuerte. Tenía, curiosamente, la misma herida circular en la frente que los pobres desgraciados que acababan de ser muertos. Su cara tenía la huella del horror que acababa de presenciar, pero parecía tener espíritu suficiente para no derrumbarse y no mostrar miedo. Parecía querer decirme algo. Pero, ¿cómo era posible que reparase en mí si estaba a distancia de ellos? ¿Cómo era posible que aquel viejo intuyera que yo no quería su mal?

A su lado había un joven alto y bello, de facciones finas pero duras, el pelo muy negro y rizado, también con la misma marca en la frente. Se dio cuenta de que su anciano compañero había perdido la mirada en la colina, y él también miró hacia mi posición, hacia donde estaba yo.

Entonces el viejo le dijo algo, algo que pude leer en sus labios. Algo como: “Es él. Ya ha llegado”. El joven le respondió: “¿Tú crees?”

—No se preocupe porque hayan muerto, Beniel —dijo despreocupado el francés, y yo cerré el catalejo.

Una presión me oprimía el pecho, y no sabía si era por las ejecuciones que acababa de presenciar o por saberme observado en la lejanía. Por saber que alguien, a lo lejos, había intuido mi presencia.

—Aquí todos los pescadores de perlas son convictos —prosiguió—. Criminales. Esa gente no tiene alma ni inteligencia. Serían presidiarios si aquí tuviéramos un presidio.

—¿No lo tienen?

—Lamentablemente, no.

—Entonces, ¿dónde son reclusos?

—Allí.

Señaló con la barbilla dos barracas encaladas y con barrotes en las ventanas, en las lindes del pueblo.

—Quiero verlo. ¿Cuándo puedo visitarlo?

—Tranquilo, capitán. ¿No decía que iba a estar aquí unos días más? Si es así su voluntad, entonces tendrá aquí todo el tiempo del mundo. Se lo prometo.

A la mañana siguiente me paseé por el poblado sin saber que el destino entrelazaba sus hilos. Ignorante, preguntaba aquí y allá cómo se llamaban las mujeres, sus costumbres, dónde podía comprar carne o queso. Eran pocas las respuestas y muchas las miradas de desconfianza y, más aún, de miedo.

Caminé hacia la playa. Otra vez las cabañas en el mar, la pequeña Venecia, el cuartel de Ureña en la ladera. Las carabelas ya se preparaban para volver.

Y entonces la sentí: muy breve pero luminosa, como el parpadeo de una vela en la oscuridad. Firme y misteriosa: la intuición, casi la certeza, de que mi vida estaba a punto de cambiar.

A mi izquierda oí el alboroto de una pelea; los mismos indios con diferentes caras, los mismos puñetazos con idéntica vergüenza. Otra vez, algunos separados del resto y la cuadrilla de soldados que apuntaban con sus arcabuces.

No sé de dónde saqué el valor, pero me puse en medio. Como oficial del Rey, increpé a los soldados y les ordené que bajaran las armas.

Los indios me miraban atónitos: no comprendían que un español pudiera defenderles con tanta vehemencia. Luego sentí un golpe en la cabeza y caí. Mis labios se llenaron de la arena caliente de la playa y el cuerpo dejó de pesarme. Era como si mi alma volara y tuviera conciencia de que nada importaba más que la luz del sol, el mismo que en mi mente se nublaba poco a poco.

Sentí frío al despertar. Estaba completamente desnudo, tirado de bruces sobre el suelo terroso y húmedo de una cámara oscura. Debía temer por mi vida pero —por raro que parezca— tan sólo estaba preocupado porque me encontraba como mi madre me trajo al mundo. De aquella guisa, ningún oficial podría imponer respeto a blancos, indios o demonios. De lejos me llegó el rumor del mar e intuí dónde me encontraba. Antes de intentar ponerme en pie entraron los extremeños, ésos que el día anterior me habían llevado desde

el puerto hasta el cuartel de Ureña. Se acercaron a mí sin dirigirme la palabra y sin mirarme a la cara. Me tomaron uno por un brazo y otro por una pierna. Y así me sacaron de la celda, arrastrado como un pelele o un cordero que se tiene prisa en degollar. Lloré y pedí compasión; sentí lástima y vergüenza de mí mismo. Afuera, en la playa, un grupo de soldados esperaban al lado de un fuego. Ya atardecía. Me dejaron tirado en la arena fría y húmeda y no dejaron que me levantara, pisándome los brazos y la espalda. A lo lejos vi a Tremonde, que charlaba con su guardia. Cogió de las brasas un hierro candente para marcar ganado y se dirigió hasta mí. Cuando estaba cerca pude ver que se trataba de la U de Ureña.

Luego vino la ira.

Me marcaron esa letra infame en la frente y en los brazos. Aullé de dolor, de bruces, contra el suelo, con la bota de una de aquellas bestias en mi cuello. Ya era un pescador de perlas como los que vi el día anterior, y ya sabía cuáles eran las marcas que lucían ellos. Entre delirios sentí cómo Tremonde se acercaba a mi lado. Dejó de llamarme por mi nombre y me llamó español, como si él ya no conservara ningún vínculo con la metrópoli:

—Quisiste saber demasiado, español. Muchas preguntas sobre estos perros indios. Pues ahora tendrás ocasión de conocerlos mejor. Trabajarás con ellos como pescador de perlas desde el amanecer hasta que anochezca. Así, durante todos los días de tu vida hasta que descubras algo para mí. Los indios tienen un secreto, y gracias a él trabajan como perros sin quejarse hasta que sus pulmones revientan. Yo quiero que sepas ese secreto para mí. Y cuando me lo traigas te dejaré libre para que vayas de nuevo a España. Dirás a tu monarca que nosotros somos los



verdaderos señores de esta provincia. Y que tenga cuidado el Rey Felipe de enfadarse, porque él es rey de los hombres pero sólo de los hombres. Y contra nosotros no podrá hacer nada.

---

### 3.- El corazón de un esclavo

Muchas damas de su Corte, Majestad, sentirían remordimientos de adornar su frivolidad con perlas si supieran cómo son los hombres que las sacan del fondo del mar. Mejor dicho, si vieran *cómo acaban*, su muerte lenta y el desgaste de su carne y espíritu: la piel y el pelo quemados por el sol; sus toses al anochecer, encerrados en las celdas; sus dientes negros.

Muchos buscadores terminamos tullidos por los golpes que nos dábamos contra los arrecifes o por la labor de pequeños enemigos, casi invisibles, como la nigua. ¿Veis mi cojera? Fue obra de ese pequeño insecto, que yo no he visto nunca aunque me haya hecho tanto daño. Dicen que es como una pulga o como un minúsculo escarabajo. Un día ves que una mano, un brazo o un pie se te hincha y que una pequeña bola blanquecina nace bajo tu piel, y que duele, duele mucho. Ese bulto puede abrirse dentro de ti si te descuidas y le dejas tiempo para crecer, porque son los huevos que la nigua ha puesto al picarte. Luego las larvas salen de los huevos, pero también pelean por salir de tu piel... Yo tuve suerte, pues un indio me advirtió y me sajaron a tiempo. Esta herida que veis en el talón me salvó el pie aunque no de la cojera. Muchos otros que no hicieron caso de la picadura de nigua dejaron hacer a las larvas y éstas expandieron su ponzoña por pies y manos, tanto que hubo que cortarlas.

Hoy, aunque rengo, puedo caminar gracias a la ayuda de ese indio que me advirtió de la enfermedad. Los indios son muy sabios de sus cosas y, como comprenderá, Majestad, no

comparto la opinión que se da en otras *relaciones de Indias* que escribieron otros viajeros antes que yo, crónicas en donde se tilda a los nativos de torpes, vagos y cortos de entendimiento. Las personas somos ruines y vemos siempre al vecino pobre como idiota y sarnoso. Sin embargo, el primo rico siempre será honorable y nos sentiremos inferiores ante él aunque haya reunido su fortuna con el engaño y tenga ladillas.

Pero mi llegada a la celda me había deparado, mucho antes, otras sorpresas.

Vuestra Majestad quería saber de todos los que, como yo, marcharon a las tierras del otro lado del mar para conocer que había sido de Pedro de Ureña. Cuando desperté a la mañana siguiente de mi apresamiento, ya marcado como los demás esclavos, un indio avejentado se acercó hasta mí, secó el sudor de mi frente y acalló mis delirios: “No te preocupes; lo único que ahora importa es que te recuperes. Debes saber esperar y recuperarte”.

Lo dijo con un limpio acento castellano. Me daba órdenes como si fuera o hubiera sido un militar, pero con la humildad de quien ha sido degradado o de quien ha pasado mucho tiempo en soledad.

“¿Por qué esperar?”, pregunté extrañado.

“Porque te espero desde hace años, amigo”, contestó. Miré aquellos ojos verdes, ojos que no eran de aquellas tierras. Era él: el hombre mayor de pelo y barba blancos que había visto con el catalejo desde el cuartel de Ureña.

“Hubo un momento en que éramos muchos”, dijo. “Todos los que el Rey enviaba a estas latitudes para vigilar las encomiendas. Pero primero murieron los frágiles de corazón, conscientes de que nunca regresarían a España; luego murieron los débiles de cuerpo, porque las fiebres —por mucho que diga el Santo Tribunal de la Inquisición— no se curan sólo con oraciones. Sólo algunos, los que aquí nos ves, hemos resistido a la sequedad del sol en las barcas y a la humedad de la noche en estas celdas, a la soledad y a la distancia. Nos hemos hecho hermanos de los indios que, como nosotros, son buscadores de perlas. Nos contamos historias; soñamos un futuro mejor, con la esperanza de que llegue. Yo quise soñar que, algún día, vendría un español que podría ser amigo. Y estás aquí. Te he esperado desde hace mucho tiempo”.

¿Cómo que amigo? El viejo estaba loco. Antes de sumirme de nuevo en el sueño, las caras de los otros buscadores de perlas (cabellos y barbas largos, piel curtida por el sol) asomaron detrás de la cabeza del viejo. Uno de ellos era el joven de pelo negro y ensortijado, quien, con cara desconfiada, dijo:

—¿Seguro que vivirá lo suficiente, Santiago?

El viejo tornó la mirada de nuevo hacia mí y sólo me dijo: “Duérmete”.

Y dormí el sueño del niño que ha perdido el orgullo y la vergüenza, alegre tan sólo porque al día siguiente saldrá el sol. En mi caso, además, podía decir que había conseguido uno de sus encargos, Majestad, pues ya sabía cuál había sido el destino de quienes envió a las Indias antes que a mí.

Eran mis compañeros de celda, a quienes había confundido con indios. Pero lo que no tenía tan claro era si podría volver algún día a España para contárselo.

Antes de continuar quiero decirle, Majestad, que entonces éramos veinte los cautivos de Tremonde. A veces nos contábamos en más número; a veces en menos, según el número de esclavos que capturaban los soldados o los que morían las primeras noches, sin que nosotros pudiéramos hacer nada por ayudarles.

Los españoles éramos doce: Santiago —el viejo que confesó haberme esperado durante largo tiempo— era el mayor de todos, en edad y en rango militar. Era también el más querido y respetado y daba o quitaba la palabra cuando narrábamos las historias que habían ocurrido en nuestras vidas o que habíamos inventado.

Tomás fue soldado raso en España. Era aún hombre joven y fuerte y sobrevivía al cautiverio, muy probablemente, por su carácter hosco y desconfiado, que le hacía dudar de todo lo bueno pero también de lo malo. Nada era lo suficientemente bueno, pero tampoco nada era lo suficientemente malo como para no fuese superado.

A Pablo le gustaba decir que, si algún día volviera a ser libre, creería de nuevo en Dios y abrazaría de una vez por todas la religión católica. De vuelta en España, aseguraba, iría de pueblo en pueblo para contar las desgracias que nos ocurrían en Sentise.

De los otros —Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Simón, Matías...— quizá le hable en otro momento. De los buscadores de perlas indígenas, recuerdo con cariño a Lázaro, un joven sin fe que me adoptó como su mentor. Pero

eso fue mucho después. No sé quién dijo que sólo cuando el alumno está preparado aparece el maestro. El caso es que muchas veces allí yo también fui alumno, y que las historias que contábamos cada uno por las noches me enseñaron todos los mundos que hasta entonces me había perdido.

¿Quiere que le cuente una de estas historias, Majestad?

Es la de la isla de Cubagua. Y es ésta:

---

## 4.- Las pequeñas estrellas de la muerte

La historia no es mía: ya la contaron Juan de Castellanos y otros mucho tiempo antes que los buscadores de perlas y yo. La historia, digo, no es mía, ni soy testigo de ella ni aparezco como protagonista, pero me siento identificado, porque yo corrí la misma suerte que muchos de sus personajes.

Poco después de descubrir el Nuevo Mundo, los primeros conquistadores llegaron a una isla de extraños habitantes. Tenían la piel morena, caminaban desnudos y vivían con una ingenuidad tan inoportuna que marcaría para siempre sus destinos.

Porque los habitantes de Cubagua se adornaban con perlas que sacaban del fondo del mar. No era por vanidad ni por osadía. Las perlas eran para ellos como los botones o las borlas con las que adornamos nosotros nuestros sayos.

Los descubridores quisieron guardar sólo para ellos la existencia de aquel pequeño paraíso. Pero la codicia es ruidosa, y a los pocos años, Cubagua estaba poblada de buscafortunas, desheredados, convictos, curas y meretrices, y, lo peor, mercenarios que hicieron prisioneros y esclavizaron a los habitantes de la isla.

No hace falta, Majestad, que hable del resto: de cómo murió la población y de cómo se esquilmaron los cultivos de perlas, respetados durante mucho tiempo por los indígenas. No hace

falta decir cómo creció el odio, sólo para que, a muchos días de distancia, los ricos de cortes europeas se adornaran con frivolidad.

“Dios está disgustado con la muerte de sus nuevos hijos y con el castigo a la Tierra”, dijeron algunos misioneros.

Y, un día caluroso, un huracán arrasó la isla. Lo malo fue que Dios volvió a ser injusto: murieron más inocentes que pecadores.

Pero ya le digo, Señor, que ésta es una historia de Juan de Castellanos y otros y no mía, y a la que se puede o no creer. De lo que sí estoy seguro es que los pescadores de perlas que nos encontrábamos allí creíamos que la historia se repetiría: Sentise, al igual que Cubagua, sería barrida por un vendaval y de ella sólo quedaría un nombre del que, mucho tiempo después, hablarían con pena cronistas futuros.



---

## 5.- Pruebas de que existe algo más

—Sé que, en el fondo de tu corazón —dijo el Rey— eres buen cristiano, pero también sé, Juan Bautista Beniel, *tengo pruebas* de que me mientes o de que hay algo que no te atreves a contar. Y será mejor que lo hagas ahora que estamos vos y yo solos y que he enviado lejos de mí a mi séquito y que ningún inquisidor nos oye.

¿Realmente podría confiar en el Rey?

Muchos años atrás, en mi cautiverio, creía que todas las desgracias que vivimos son pruebas que Dios nos pone en el camino para probar la fe. En la oscuridad de la celda tenía la certeza de que mi padre ya había muerto. Pero, a veces, también pensaba que tendría que haber alguien, una persona, otro padre que velase por mí y que desde las estrellas vigilase mi sueño de oscuridad y grilletes.

Recordaba una y otra vez la frase que mi padre mandó grabar en la cazoleta de mi espada.

Sin embargo, conforme el tiempo pasó se acentuaron las penalidades y mi cuerpo comenzó a cambiar. A mí también se me curtió la piel y no pude evitar costras en espalda y costados. En la cabeza tuve greñas por cabello y barba de ermitaño, y la piorrea acabó por dejarme sin algunos dientes. Y, por muy irónico que parezca, los hombres de Tremonde nos daban de comer —en una escudilla sucia, y por debajo de la puerta— las ostras que por el día habíamos pescado y que en España serían todo un manjar.

Y aunque tenía la certeza de que Dios existía, estaba seguro de que ya no estaba en las estrellas. Cuando le explicaba esto a mi monarca le pedía disculpas por mi atrevimiento. Tan sólo eran fruto de muchas horas solo, tantas que llegué a creer que yo mismo podría ser tan sólo el sueño de Dios y que, en cualquier momento, éste podía despertar.

—Tenéis suerte de que haya mandado salir a mi séquito. Decidme, Beniel, ¿no volvisteis a tener contacto con Ureña o con Tremonde? ¿Cómo huisteis de su prisión?

Mucho tiempo después de entrar con los buscadores de perlas, Tremonde decidió que ya podía verme. Me visitaba cada siete noches y cumplía siempre el mismo ritual: primero mandaba apartarme de los demás buscadores. Luego daba órdenes de que se me lavase y vistiese y de que se me sentara a una mesa con carne asada, vino y frutos de la tierra. Por regla general, los soldados sólo me dejaban mirar la comida un momento antes de que llegara su superior, y me ordenaban que cuando éste viniera yo debía ponerme en pie, inclinar mi cabeza ante él y esperar a que hablase. Él llegaba a la estancia, iluminada con velas, con la parsimonia y el silencio de un fantasma. “Puedes sentarte”, me instaba luego. Apenas había puesto yo en la comida los pocos dientes sanos que me quedaban en la boca, me hacía aquella pregunta inevitable: “¿Habéis descubierto para mí cuál es el secreto de los pescadores de perlas?”.

Yo, lógicamente, contestaba que no. ¿Cómo quería que lo hiciera? Ya llevaba tiempo hacinado con los buscadores, pero conocía muy poco de ellos. Entonces Tremonde, sin expresar ningún sentimiento, ordenaba que se me levantase de la silla y que se me arrastrase por el fango, de nuevo hasta mi celda. Atrás quedaba la mesa con los manjares y la bendita luz de

las velas. “No te preocupes, español”, me decía el francés. “Tu rey ha pasado por algo parecido a esto y lo pasará hasta el día en que se muera”.

—Eso fue lo que me dijo, Majestad y yo en un principio no supe a qué se refería ni si aquel fariseo me mentía. ¿Cómo era posible que pasarais algo así?

—Ahora veo —respondió el Rey— que empezáis a contar toda la historia y os agradezco no haber tenido miedo. Capitán, levantémonos: anochece y pronto hará fresco. Venid conmigo a otras dependencias; ordenaré que se os trate bien. Y esta vez, y de buen corazón, se os vestirá con ropas limpias, se os acicalará y cenaréis en las salas de los oficiales. Os juro que no haré como Tremonde: no os quitaré la miel de los labios. Y ya que me abris vuestro corazón, quiero compartir con vosotros un secreto, una historia que no puedo contar siquiera a mis confesores: temo que me tomen por loco o que crean que me administran demasiado láudano. Y sólo puedo contárosla en mi cámara.

»Yo confiaré en vos por doble motivo: primero, porque soy responsable de todo lo que os ha pasado; segundo, porque nadie, absolutamente nadie, creería lo que vais a oír si se os ocurre violar el secreto.

Y así fue cómo me dirigí a la Cámara del Rey, cada vez más asombrado de lo que me ocurría. Pero poco tenía ya de qué extrañarme después de todo lo que me había sucedido en el Nuevo Mundo, historias que aún no había contado a mi Señor y que, a buen seguro, le dejarían con la boca abierta, con ganas de rezar, con el deseo de que ojalá nunca estos episodios hubieran ocurrido.

---

## 6.- Perlas negras

Tal como el Rey prometió, dos lacayos me llevaron a las dependencias de oficiales. Allí, en una gran barrica con agua caliente, me lavé y me acicalé. Después, me adecenté la barba y el pelo con unas pequeñas tijeras que me dejaron junto a un espejo, encima de un taburete. Luego, los lacayos me metieron prisa para que cenara las sobras de un asado, que devoré sin recato, y al que acompañé con grandes tragos de vino.

Candil en mano, los siervos me condujeron por pasillos laberínticos y oscuros. Iban delante de mí, me daban la espalda y no me dirigían la palabra; como aquella primera y fatídica mañana en la que unos soldados extremeños me llevaron hasta el cuartel general de Ureña. Aquí no me esperaba Tremonde, sino un rey de los cristianos que había prometido ayudarme. Pero sólo Dios sabía que sentía el mismo miedo que aquella vez y que tenía la misma intuición de que, después de aquella noche, nada iba a ser igual para mí.

—Aquí te dejamos —dijeron y me dejaron solo ante la última puerta, baja y oscura, más propia de un convento que de un Palacio.

Llamé y no contestó nadie. Apoyé la mano en el pomo y empujé la puerta de forma lenta, muy lenta. Ante mis ojos se desnudaba la habitación privada del Rey: el suelo rojo de ladrillo, paredes adornadas con austeras baldosas de barro de

Toledo, una silla, la cama con velos de gasa. Oí crepitar un fuego. Abrí más la puerta hasta ver una chimenea y una silla vuelta de espaldas.

—Veo que los lacayos querían terminar pronto su trabajo; os esperaba más tarde.

Era el Rey que, sentado en la silla, me esperaba delante del fuego de la chimenea. Me acerqué hasta él sin levantar la cabeza e hice una reverencia.

—Incorporaos, quiero ver cómo os han dejado. Válgame Dios, parecéis otro. Parecéis –dejó en suspenso la frase– el mismo joven ingenuo que partió de aquí hace años. Capitán, ¿vos creéis que yo soy el mismo Diablo?

Le contesté que no.

—Nunca he pagado los servicios de biógrafos; no me gustan. Los monarcas pasados y futuros dejarán escrita una historia de su vida llena de mentiras. Y, en cierto modo, yo debería hacer lo mismo. Debería inventar mi propia historia, mi propio carácter. Si yo no hablo de mí lo harán mis enemigos. Y éstos sí mentirán mucho más que mis antepasados.

Yo guardaba silencio.

—¿Y sabéis por qué no me importa nada lo que dirán de mí?

—No, Majestad.

—Ya os lo diré. O, quizá, ya lo sepáis. He querido que vengáis para contaros un miedo que quizá sólo vos, capitán, podáis entender. Un miedo por el que os envié a las Indias, una pesadilla que fue la causa de vuestro destino sin que vos lo supierais. ¿Queréis oírlo?

—Sí.

—¿Estáis seguro de los que decís, capitán?

A veces me pregunto qué hubiera sido de mí si el Rey no me hubiera contado aquella pesadilla. A veces me pregunto si no es mejor vivir cada día sin saber lo que ocurrirá mañana. Y me digo que es mejor vivir sin saber que, cada uno de nosotros, hemos sido alguna vez marionetas.

Una noche de invierno, el Rey tuvo una pesadilla en su recién estrenada cámara. El fuego acababa de extinguirse y aún humeaba, aunque el Rey no podría jurarlo, porque se encontraba en esa frontera entre la vigilia y el sueño, tan frágil y engañosa. No sabía si estaba dormido o despierto.

Lo primero que le asustó en aquella oscuridad fue un zumbido, como el de una avispa, que se acercó hasta sus oídos. Luego se introdujo en su cabeza para desaparecer tan de improviso como llegó. Abrió los ojos: todo estaba allí, reconocía las esquinas de la habitación en la oscuridad y se dispuso a dormir de nuevo pasado el sobresalto. Intentó darse la vuelta, pero no pudo. Las manos no le respondían; ni las piernas; ni siquiera de forma leve su tronco. ¡Grita!, pensó. ¡Grita! Pero sus quejidos y peticiones de auxilio a la guardia se articularon sólo dentro de su cabeza, porque su boca, aquella boca por la que habían salido cientos de veces veredictos y destinos de los súbditos, estaba tan muerta como el resto del cuerpo. Entonces, ¿cómo era posible que tuviera los ojos abiertos? ¿Cómo era posible que viera? Aunque, a fin de cuentas, en realidad no sentía los párpados, ¿estaban abiertos o cerrados? Tampoco podía jurarlo.

Posado boca arriba sobre su cama, e inmóvil como un cadáver, el Rey estaba a merced de la oscuridad y de lo desconocido. Una opresión se posaba sobre su pecho. Era un peso enorme e invisible, como el de un ser vengativo que con sus manos le aferraba por el cuello sin dejarle respirar. Rezó, rezó fuerte, rezó todas las oraciones que sabía desde niño para que el peso desapareciera, para que el zumbido no volviera a venir y todo volviera a la normalidad.

Pero, un instante después, el Rey advirtió con pánico que su cuerpo flotaba, sin saber si se encontraba boca arriba o de bruces. Casi a la altura del techo miró hacia abajo, hacia su lecho, y lo que vio allí no fue un catre vacío.

Lo que vio dormido unos metros abajo, echado en la cama, era un cuerpo inerme: el suyo propio.

Su habitación comunicaba directamente con la capilla del monasterio gracias a una cancela que él abría cuando estaba enfermo y cuando quería asistir, en cama, a las misas que se oficiaban. El Rey se sorprendió porque quiso alcanzar la cancela y llegó hasta ella sólo con desearlo. Luego ésta se abrió y, por primera vez, se dio cuenta de que no estaba solo en aquella oscuridad. A través de la cancela contempló un espectáculo tan diabólico que le hizo gemir como a un niño.

Al principio fue confuso. La capilla estaba iluminada con unas pequeñas velas esparcidas por el suelo. Pensó que debía haber pasado un huracán o una ráfaga de fuerte de viento porque el crucifijo de madera que presidía el altar se había caído y, de una forma un tanto fatídica, quedaba ahora boca abajo.

Su ánima descendió poco a poco y vio a una anciana castellana, harapienta, de pelo blanco y muy pálida, que, en el suelo de la iglesia, dibujaba una estrella de cinco puntas con un carboncillo. Se acercó un poco más para ver a la mujer, que sabía de su presencia aunque no le dedicase ninguna atención. Dejó a un lado el carboncillo y sacó de sus telas marrones un sextante y un compás, con los que comenzó a hacer figuras geométricas, en cuyos vértices colocaba —no sabía de dónde las había sacado— unas perlas negras.

La anciana se dirigió hasta él y le preguntó así: “Dime, ¿quién es el último que ha llegado a este Palacio?”, como si quisiera o estuviera en el deber de echar la suerte a quien se le propusiese. “Yo. Yo soy el primero y el último en llegar a este palacio”, contestó el Rey, “puesto que he sido yo quien lo ha mandado levantar”. La vieja tomó de nuevo el sextante y el compás, trazó una forma y colocó las perlas negras sobre el dibujo. Lo miró unos instantes como si lo comprendiera todo, como si los secretos de la vida y de la muerte fueran desvelados en ese momento sólo para ella en todo el universo. “Pues has de saber”, dijo, “que te tienes que marchar de aquí inmediatamente, porque si no tu vida correrá peligro. Si no te vas de aquí, morirás”.

El Rey pensó que no podía marcharse de una obra que aún no estaba concluida. Nadie, absolutamente nadie podía ordenarle aquello. ¿Quién si no?

Como si le hubieran leído la mente, apareció de la nada un hombre de unos cuarenta años, fuerte, con perilla pelirroja, que le dedicaba una sonrisa cruel y de superioridad. Le acompañaba una mujer joven, también pelirroja, desnuda por completo, que se aferraba lasciva a él, suya, con una mirada de placer infinito.



—Yo puedo ordenártelo y te lo ordeno —dijo el hombre.

El Rey sintió miedo, le dio la espalda y miró hacia arriba, a la cancela detrás de la cual estaba su habitación, su refugio alejado de las tinieblas. Saltó, quiso volar y lo hizo. Ascendió de forma lenta, muy lenta y directa hacia el ventanuco. Un poco más y ya estaría a salvo. Sin embargo ocurrió algo. A falta de una cuarta su espíritu comenzó a pararse, lenta, muy lentamente, hasta que quedó suspenso en el vacío, a merced de la voluntad de aquel hombre de la perilla pelirroja. Se dio la vuelta y le volvió a ver, agarrado a su zorra, con esa sonrisa cruel. Y entonces le dijo:

—Que sepas que te dejo marchar porque así yo lo quiero. Recuerda que eres el rey de los hombres, pero sólo de los hombres, y contra mí no podrás hacer nada. Y como te dejo escapar quiero que me des las gracias.

El Rey estaba tan atemorizado que no podía articular ningún pensamiento. La cancela, abierta, aún estaba a unos palmos y su espíritu todavía estaba en suspenso en el aire.

—Te he dicho que me des las gracias.

Y sólo cuando Felipe II, rey de los hombres, le dio a ese extraño las gracias, su ánimo se elevó lo suficiente para alcanzar la ventana. Se deslizó a través de ella, quedó por unos instantes suspendido sobre su cuerpo, que dormía, y se zambulló en él, para luego despertar entre sudores.

—Creo, Beniel, que vi al mismo Satanás y que éste me perdonó la vida.

Guardé silencio ante la confidencia. Pensaba, y aún pienso, que sólo Dios es el único capaz de quitarnos y concedernos la existencia, pero no quería contradecirle.

—Si vos hubierais estado allí —dijo— o si hubierais pasado por una experiencia similar, pensaríais lo mismo.

Caí en su trampa y le dije lo que él esperaba escuchar desde hacía horas: que yo también pasé por algo similar, pero entonces lo atribuí a unas fiebres que me produjeron en mi boca unas heridas mal cerradas. De manera parecida al Rey, pero años después y en mi celda de Sentise, soñé que mi ánimo se despejaba de mi cuerpo. Atravesaba los barrotes del ventanuco y se dirigía a la playa, donde una vieja india ponía velas en la arena y pintaba con el dedo una gran estrella de cinco puntas. En cada una ponía una perla negra. Me acerqué hasta la mujer, quien me preguntó si yo había sido el último en llegar al seno de los pescadores de perlas. Le dije que sí. “Estás en peligro de muerte español o, peor aún, de arder en el fuego eterno. Será mejor que te vayas”. Al igual que el Rey, di un salto para volar hacia mi celda pero me detuve en el aire.

—¿Y no viste a Satanás? —preguntó el monarca.

—Bueno, no estoy seguro de ello. Al igual que vos, oí una voz que me decía que me dejaba marchar porque él quería.

—Quién era, por Dios, decídmelo.

—Cuando me di la vuelta vi que quien me retenía contra mi voluntad en aquellos momentos no era ni más ni menos que, bueno, una persona muy conocida para mí.

—No os andéis con rodeos.

—Quien me decía que yo marchaba pero porque era su voluntad era el propio Francois Tremonde. Pero olvidé pronto aquella pesadilla.

---

## 7.- El monte Akal

Pero, si me los permitís, Majestad, voy a continuar con mi relato.

Una noche, Tremonde volvió a llamarme a sus dependencias. No sé por qué, pero tuve la intuición de que me llamaba para darme una noticia que no era necesariamente mala. En realidad, ¿por qué no podía ser así? Necesitaba tener ilusiones y, quizá —aunque sólo fuera *quizá*— Tremonde había caído en la cuenta de qué injusto era mi cautiverio. Iba, por fin, a ser libre.

Pero la noticia que me dio no era la que yo me esperaba. Ni buena ni mala. Nada más sentarme a la mesa me informó —eso sí, con una sonrisa— de que su señor, Pedro Ureña, volvería en breve y con la intención de quedarse para siempre entre nosotros. “Hay que conseguir que no se sienta extraño”, ordenó. “Piensa, capitán, que ha pasado muchos meses fuera, en guerra con los indios caribes en el monte Akal, y no estará de más que tengamos atenciones con él”.

“Atenciones”: Tremonde pretendía que los demás pescadores de perlas y yo mismo mostráramos pleitesía al gobernador. Me aseguró que vendría de noche, solo y sin hacer ruido, como a él le gustaba. Nosotros deberíamos tener encendidas hogueras, estar acicalados con ungüentos especiales y recitar unos versículos del latín que a Ureña le gustaban.

Extraño señor debía ser ése, cuando no quería que nadie le viera.

Empezaba a perderme en mis pensamientos cuando Tremonde me preguntó:

—Por cierto, español, no se me ha olvidado: ¿sabes el secreto de los buscadores de perlas?

Cuando era arrastrado de nuevo por el barro me maravillé de lo curiosa que puede ser la vida. La ilusión de un futuro mejor se desvanece tan pronta como ha venido. En realidad, todo se va —si es que *todo* ha de irse— de la misma forma, con la misma suerte con la que ha venido.

Apartado, castigado en público por no coger del fondo del mar tantas ostras como los demás —apenas sabía nadar— deseaba querer, quería reconciliarme con el ser humano. Tomé cariño a un muchacho, un niño de apenas siete años que había sido preso por hurtos, y al que bauticé Víctor, con la esperanza de que él y yo saldríamos, algún día, victoriosos de aquel lugar.

Un buen día empezó a toser. A toser más y más, hasta tener fiebres. Los extremeños se lo llevaron. Nunca más volvió. Sin mi único amigo allí dentro, me senté a esperar día tras día un milagro.

A veces se producía, pero éste era tan pequeño que yo apenas me daba cuenta. Incluso, creía que era fruto del descuido de algún soldado que nos vigilaba. Pues más de una mañana, al tomar mi escudilla para bajar al fondo del mar, encontraba pequeños bocados de comida, por costumbre pan y queso, que me hacían imaginar que había vuelto por unos momentos a mi querido país.

Quizá fueron esos trozos de pan ácimo y queso de cabra los que dieron las fuerzas necesarias a mi cuerpo para no perecer antes de tiempo. El primer día no quise desvelar el secreto a mis compañeros de celda pero me sentí en la obligación de confesarlo en el segundo día que me ocurrió. “He encontrado estos pedazos de comida, y creo que debo compartirlo con vosotros”.

Santiago y los demás se miraron extrañados: “¿Por qué nos lo ofreces antes de habértelo comido a escondidas?” Se lo dije: porque, para ser sinceros, ya lo había hecho el día anterior. Ofrecía la comida con las manos de nuevo, sin decir palabra. Sonrieron. En representación de los demás, Santiago se levantó, se acercó hasta mí y tomó con las uñas un pequeño pedazo de queso. Luego se lo acercó al joven Lázaro —que empezaba a tener la misma tos que Víctor— y se lo dio de comer con los mimos de un abuelo.

—No queremos nada más —dijo el viejo—. A fin de cuentas, quien te lo ha dado quiere que sólo lo tomes tú. Estás de suerte, Juan, allí afuera tienes a alguien que piensa en ti. Bendito sea.

Era verdad, bendito, bendito y bendito fuera el hombre que me permitía comer algo más y soñar con que alguien, allí a lo lejos, fuera del penal, me quería y velaba por mí.

Sin embargo, una duda nublaba mi ilusión pues, quizá, era Tremonde quien me enviaba esa comida como quien engorda a un buey antes de sacrificarlo. No sería la primera vez que me saciaba de ilusiones antes de devolverme de nuevo a la oscuridad de la celda por no saber cuál era el secreto de los buscadores de perlas. Por no saber, a fin de cuentas, cuál era mi propio secreto.

---

## 8.- Una posada nauseabunda

Cautivo, aislado del mundo y rotos todos los lazos que me unían con mi país, tampoco podía ni imaginar que, a muchos kilómetros de Sentise, en el corazón de Madrid, un hombre corpulento, alto, embozado y con un sombrero de ala ancha, entraba en una de las posadas más nauseabundas de la villa, donde compartían mesa soldados, falsos curas y demás gentuza. Yo tampoco podía imaginar que, en la lejanía, alguien aún tenía la esperanza de que yo regresara a España.

Ese hombre fornido del que hablo, nada más poner el pie en el local, se quitó el sombrero y dejó ver un pelo rubio y rizado como el de los niños, luego se bajó el embozo y enseñó a aquella distinguida clientela una piel curtida por el sol y el salitre del mar. Sus ojos claros buscaban a alguien por los rincones. En medio de aquel lugar, el hombre parecía un ángel torpe y obeso; quizá algo rudo, quizá algo despistado, que Dios puso en su día en mi camino para probar mi paciencia y que ahora ponía en el camino de otros para traerme a casa.

Ese hombre rudo era Gabriel Galán, el buscafortunas que encontré en mi viaje al Nuevo Mundo. Avanzó entre las mesas donde clientes borrachos y malolientes jugaban a los dados y a los naipes y preguntó en voz alta:

—¿Quién ha visto a Lorenzo Beniel?

Lorenzo era mi hermano. Servía en la infantería para un país y un rey de los que no estaba seguro de querer. Las buenas lenguas (en las que, a la fuerza, me he de incluir yo) decían que bajo aquella apariencia ruda y de puro nervio, bajo esa mirada de lobo se encontraba un hombre de corazón con su propio código de valores, muy por encima de los de cualquier rey o cualquier patria. Esa mirada de lobo, precisamente, tenía una cicatriz, la antigua marca de una reyerta que le nacía del rabillo del ojo izquierdo y que se resbalaba como una lágrima negra hasta el pómulo. Era un dragón que de vez en cuando se reunía con otros como él para hablar de política. Cuando alguno de ellos o de su familia le pedía un favor, por caro o difícil que fuera, siempre lo hacía. Eso sí, que nadie esperase más palabras de cariño que las justas, porque quizá nunca las iba a oír.

Las malas lenguas (en las que, lo reconozco, a veces también me he incluido yo) decían que si el rey Carlos viviera, a mi hermano ya le abrían ahorcado como a otros tantos comuneros; que si la Inquisición fuera más hábil, ya le hubieran quemado como a otros tantos herejes; y que si el mismo Diablo le conociera, correría despavorido, asombrado de haber encontrado su verdadero par.

Gabriel Galán repitió la pregunta y nadie contestó; ni el tabernero amedrentado que llevaba y traía jarras de vino aguado, ni los oscuros hombres sin palabras que se sentaban en la penumbra de las esquinas con sus sombreros puestos, ni los jugadores de naipes. Nadie quería hacer caso a un desconocido.

El ángel torpe siguió con sus preguntas aquí y allá, entre el bullicio de la taberna. Deambulaba por las mesas y se acercaba, sin saberlo, al peligro.



—Repito, ¿alguien conoce a un tal Lorenzo Beniel?

En la oscuridad, una mirada se dirigió al frente. Tenía una cicatriz profunda, que le nacía desde el rabillo del ojo izquierdo casi hasta el final de la mejilla. Era, más que la señal de una antigua pelea, una lágrima oscura.

—Yo soy ése que buscas.

Estaba sentado en una mesa de las pequeñas, con otros dos hombres que jugaban a los naipes.

—¿Eres Lorenzo Beniel?

—Mira, campesino, te he dicho que yo soy ése que buscas, y será mejor que lo que tengas que decir sea de provecho.

—¿Hablar de tu hermano te parece de provecho?

La sola mención de mi nombre trajo el silencio a la mesa. Todos esperaban la reacción de mi hermano. Con un golpe seco, el cubilete de cuero quedó en la mesa, mientras guardaba el dado y la suerte que nadie atrevió a descubrir.

—Es imposible, campesino. Ese idiota está al otro lado del mar. Creo que vigila para el Rey lo que los comenderos roban a los indios. Quién sabe, a lo mejor algo él también se queda algo.

Nadie rió su gracia, pero tampoco ninguno recriminó su ofensa.

—Me parece que te equivocas. A mí me han dicho que no lo pasa nada bien.

—¿Quién carajo eres tú? Cuida que no seas soldado.

Mi hermano echó la mano a la empuñadura de la espada y su camarilla se incorporó para que no se metiera, otra vez, en líos.

—Tranquilo, hijo —dijo Gabriel—, ¿cómo yo voy a ser soldado yo con estas manos?

Y le enseñó unas manos grandes y rudas, con antiguas cicatrices y dedos deformados. Manos de campesino.

—Tu hermano está preso en Venezuela, y creo que ni siquiera nuestro propio Rey puede librarle de sus captores. Perdona que te haya molestado, pero había creído que sólo personas como tú podrían ayudarle.

—¿Cómo que personas como yo?

—Sabes bien lo que digo, hijo, y no quiero regalarte los oídos más que lo justo. Digo personas como tú porque, seas lo que seas y hayas hecho lo que hayas hecho en el pasado, todavía crees que el amor hacia el prójimo es el viento que empuja a las velas del mundo.

—Un momento -dijo mi hermano, contrariado-, un momento: tú no eres ningún campesino.

Galán sonrió y se levantó de nuevo el embozo, se puso el sombrero para darse media vuelta y salió del local con la misma rapidez con la que había llegado. Mi hermano y su camarilla se quedaron extrañados, como si en realidad hubieran visto una aparición y se hubieran dado cuenta de ello tarde.

Quienes vieron a mi hermano salir aquella noche de la posada, me comentaron, mucho después, que lo hizo tras un largo silencio, sin haber querido beber los últimos tragos de vino y sin haber querido jugar las últimas manos a los naipes con su cuadrilla. Se levantó, digo, en silencio, como si quisiera reprimir la tristeza que le quería saltar por los ojos. Tomó sus guantes y salió por la puerta mientras se los ponía, sin levantar la vista; siguió el camino donde se encontraba la casa de nuestra infancia y donde nuestro padre aún vivía solo y arruinado.

Mi hermano sabía que había llegado la época de cumplir los deberes y de sanar las heridas abiertas desde hacía tiempo. Y ambas cosas, quizá para su desgracia, se encontraban en el corazón.

---

## 9.- La quinta del loco

Aquella que fuera una de las casas más preciadas y nombradas por los vecinos de la villa, era hoy tan sólo una casa desvencijada y de exteriores mal cuidados. La madera de sus puertas estaba seca y sin brillo. Para quien intentase franquearla, era un aviso de que allí dentro, más allá de su peso y de sus chirridos, sólo encontraría oscuridad, una chimenea apagada quién sabía hasta cuándo y un inevitable olor a humedad. Únicamente al final de unas escaleras de madera que llevaban hasta un piso alto, verían el fulgor y el crepitar de una vela.

Esa vela iluminaba la alcoba de mi padre mientras él estaba postrado en la cama. Nunca supe si todo lo que hacía era esperar a la muerte o que vinieran de una vez por todas los recuerdos de un pasado mejor (imágenes que se resistían a llegar y que eran el único alivio para el corazón).

Padre se había quedado seco de tanto sentir y sentir su vida, de tanto pensarla y repensarla, de lamentarse de lo que pudo ser y no fue. Quizá por esa pena, su pelo y perilla habían encanecido de manera prematura. He dicho antes que las imágenes de un pasado mejor se resistían en llegar a su cabeza, en parte porque la había perdido. Había épocas en que quedaba absorto en el lecho, sin decir palabra, mientras que en otras fabulaba con fruición. Su cabeza tenía tantas ganas de volar, que el cabello de las sienes se le había levantado, casi como dos alas de pájaro blanco. Sus disparates (gloriosos algunos, excéntricos otros) corrían de boca en boca por el vecindario; provocaban la risa de los

niños y la lástima de los mayores. Los primeros veían lejana la vejez e ignoraban que tal como veían a mi padre a sí se verían ellos. Los segundos, precavidos, tenían la certeza de que por la puerta de la senectud habrían de pasar algún día.

Cuando, desde su cama, mi padre oyó los pasos que subían por la escalera, lejos de atemorizarse, se entusiasmó. Creyó que quien le visitaba era el mismísimo San Miguel, preparado para combatir de nuevo con su espada a las fuerzas del mal.

—Creí que ibas a ser otra persona, Lorenzo —dijo mi padre tras haber reconocido a mi hermano.

Él le vio tan desvalido que ni siquiera quiso reprenderle por su estado tan lamentable y tan sucio, echado sobre la cama tan sólo con un sayón blanco, la barba y el pelo sin recortar.

—No quería irme sin despedirme de ti, padre.

El viejo agradeció la atención del hijo y le dedicó una sonrisa.

—Padre, te he dicho que me voy a ir lejos y ni siquiera me has preguntado dónde.

—Sé que vas con tu caballo y con tu espada a combatir a las fuerzas del infierno con tu milicia celestial.

—Me voy a las Indias. Mañana partiré para Sevilla; desierto del Ejército.

Antes de continuar, quiero decir que mi hermano no quería que le ocurriera la misma historia que él y yo oímos años atrás a un compañero de armas.

Era el recuerdo de una tarde, cuando niño, y en esas imágenes estaba también su padre y el resto de su familia. Comían todos, sentados en la mesa. Era media mañana y, afuera, el sol castellano de otoño doraba las aradas.

Toda la familia estaba de buen humor. La cosecha había sido buena y, con toda probabilidad, pasarían tranquilos el invierno, con el granero y la despensa llenos de viandas que vender o trocar. Reían, digo, y sobre todo el padre al mirar a aquel hijo que, ya mozo, estaba capacitado para llevar la tierra. “Como comamos así”, dijo el hombre, “se nos quedará barriga de cura”. Y cuando todos celebraron la ocurrencia, el padre cambió de semblante. Se había puesto muy serio. Tanto, que se hizo el silencio.

—¿Qué le pasa, padre?

—Es un pinchazo en la cabeza.

Fue lo último que dijo: cayó de bruces y con estrépito sobre la mesa.

Y recuerdo este pasaje porque, en alguna noche de cuartel, lejos de nuestras casas y familias, este amigo nos confesó a mi hermano y a mí que la única pena que tenía en el corazón era que no había dicho a su padre que le quería.

Y, muchos años después, solo, contrariado, nervioso ante el viaje inminente que le llevaría a las Indias, mi hermano permanecía ante mi padre, consciente de que no hay que dejar pasar las oportunidades para decir te quiero, ni siquiera a un padre. A veces da tanta vergüenza.

—Padre, siempre has mirado mucho más por mi hermano que por mí.

—¿Y a qué viene eso ahora, Lorenzo?

—Mañana parto hacia las Indias y quería que supieras que lo sé. Siempre le has querido a él antes que a mí.

—Eso es imposible.

—Y también quiero que sepas que, pese a todo, pese a que la existencia de mi hermano ha marcado la mía, voy a ir solo al otro lado del mar para buscarle y traerle a casa. Y que siempre te querré y te respetaré, pese a todo.

Cierta crueldad se escondía en aquellas palabras. Mi padre puso gesto serio, reflexivo, de pena, como si toda la consciencia del Cielo y de la Tierra le hubiera vuelto entonces para evaporar toda locura.

—Tengo un consejo y un secreto que decirte, hijo. El consejo no es mío, sino que forma parte de los Mandamientos: Quiere a Dios... como te quieres a ti mismo. Así que quíete un poco más y así no tendrás que depender de que te queramos o no los demás.

»El secreto —continuó— es tan importante que no quiero que lo escuchen ni siquiera las paredes de esta casa, así que acércate hasta mí para que te lo diga al oído.

Cuando mi hermano se acercó hasta su regazo, mi padre incorporó algo su cabeza y le susurró el secreto al oído mientras le asía por el cuello de la camisa con las manos crispadas. Tenía lágrimas en los ojos y un gesto que albergaba a partes iguales cariño y rabia contenida.

Luego se dejó caer de nuevo en la almohada, como exhausto y con amargura. Mi hermano le dio un beso y las gracias por haber sido confidente y amigo, por haber compartido el secreto. Se incorporó y bajó las escaleras tan presto como había llegado.

En su cabeza, una duda más: ahora que lo sabía, ¿era necesario compartir el secreto conmigo?

Cuando mi hermano y yo éramos críos teníamos muchos secretos y complicidades, quizá porque las circunstancias lo favorecían.

Quedamos huérfanos de madre cuando teníamos muy pocos años, así que nuestro padre —que aún era joven— se encontró viudo con dos hijos que alimentar. Pudo haberse casado de nuevo, pero no lo hizo, y ahora creo que fue porque tenía problemas más urgentes que resolver, como el haber caído en desgracia en la Corte.

Todos aquellos *grandes* que habían sido sus protectores —porque él a cambio les daba consejo— habían tomado parte en intrigas palaciegas. Y, ya se sabe, quien participa en este tipo de negocios se expone a fracasos estrepitosos que llevan al destierro, mientras que los éxitos que pueden conseguirse duran poco y sólo atraen envidias y más intrigas.

Así que mi padre, entonces, estaba solo y con unos protectores en el destierro que ya no podían proteger a nadie, sino todo lo contrario. (Mucho tiempo después, yo también pagué esta deuda injusta, pues el Rey Felipe quiso probar aún más mi obediencia y mi valor sólo por haber sido hijo de quien fui, que, a fin de cuentas, era inocente).



¿Qué podía hacer mi padre? Si se casaba no tendría dos bocas que alimentar, sino tres. No podía cuidar a dos niños. Mi hermano era aún muy pequeño. Y mi padre vio que yo tenía un talento innato para hablar y comunicarme. El pobre hombre no quiso ver que todo niño a esa edad tiene un talento innato para comunicarse, en fin. Y me metió interno en un colegio de curas. Para mi desgracia.

Allí encontré a muchos niños como yo, con los que nunca me llevé del todo bien. También encontré preceptores estrictos a quienes jamás comprendí. No se ponían nunca en mi pellejo. Me regañaban sin cesar, sin saber que yo sufría de veras. Me sentía fuera de sitio y con la cabeza puesta en las alas de los pájaros. Inventaba historias; escuchaba relatos de amigos que sólo existían en mi imaginación y que sólo yo podía ver y que me decían: “Sueña, sueña. Tú serás lo que quieras ser, da igual que se rían de ti aquí”. Creo que en esa época fue donde se gestó mi afán por ayudar a los desvalidos y por ser poeta.

No sé, quizá hubiera sido mejor para mis maestros y para mí que todos nos hubiéramos esforzado un poco más por comprendernos. En habernos hecho aliados, aunque no compartiéramos, necesariamente, la misma forma de pensar. Así, ellos se hubieran ahorrado tiempo y energías en castigos y yo me hubiera ahorrado un trasero lleno de marcas, algunas lágrimas y una infinita sensación de ridículo.

¿Qué si encontré maestros buenos? Claro que sí. También había gente maravillosa que me enseñó a leer y a escribir. Hombres llenos de amor al prójimo que comprendieron que bajo la inmensidad de las estrellas nada tiene suficiente importancia, pero también que el aleteo de una simple mariposa puede maravillar a un rey que decide el destino del mundo. “¿Cómo hablas y te expresas tan bien, soldado?”, me

dijeron muchas veces en el ejército y, tiempo después, mis compañeros los buscadores de perlas. Fue gracias a aquellos hombres buenos que encontré.

Pero su descubrimiento fue para mí tardío; el mal ya estaba hecho y yo ya había decidido escaparme.

Así lo hice. Un día volví a la carrera a casa. No sabía cuál iba a ser mi futuro: si mi padre me daría una bofetada y me devolvería con los maestros, o si transigiría en dejarme en casa.

Encontré a mi hermano en la calle, mientras jugaba con otros zagales. “¿Qué haces aquí?”, me preguntó extrañado, maravillado y temeroso al mismo tiempo. “Te van a regañar”.

Entonces hicimos un pacto: yo diría a mi padre y a todos que me había escapado del internado porque quería ser soldado (a fin de cuentas, la profesión de las armas me gustaba). Y mi hermano debería ayudarme y decir a todos que sí, que sí quería ser soldado y un hombre de valor. Pero que, en realidad, mi hermano debía saber, y así actuar en consecuencia, que yo quería ser poeta.

Sellamos el pacto, y resultó. De mi vocación secreta nunca ha sabido nadie, tan sólo él. Años después había recordado ese juramento y decidió cruzar el mar para ayudarme. Y, lejos de sentirme débil por necesitar su ayuda, me siento afortunado.

---

## 10.- He descubierto vuestro juego

Estoy sentado ante Vuestra Majestad, en este aposento donde habéis dormido los destinos de las naciones a vuestro antojo. Sois el Rey de medio mundo, y esos ojos cansados y pensativos con los que me miráis ya han callado secretos de Estado ante otros reyes y ante otras vidas, ésas que yo antes —sólo antes— creía más importantes que la mía. Esos ojos también han sido inmortalizados por los pintores de la Corte mientras que yo no tengo siquiera hijos que recuerden los míos. El sayón que os habéis puesto para esperar al alba es largo y de tela burda, como si no concedierais importancia a las bagatelas que nos acompañarán en la tumba pero no en el viaje a la otra orilla. No, no sois necio. He estado atento a vuestra voz: las palabras justas y concisas, el tono pausado de quienes saben escuchar y de quienes no les importa perder tiempo con lacayos, siempre que las historias sean buenas y se saque provecho de ellas.

Sois el hombre más poderoso del mundo, pero esto que pienso no quiero decíroslo, pues despreciáis a los hipócritas y a los aduladores. Otros soberanos, lo sé, han pagado con oro biografías falsas para que generaciones futuras tengan una imagen magnánima de ellos. Vos no. Os da igual; que hablen. Pero, cuidado, si vos no ensalzáis vuestra corona, no esperéis que vuestros enemigos lo hagan. Todo lo contrario. Apuesto los últimos dientes que me quedan que pasaréis a la posteridad como hombre malévolo y cruel. Pero, ¿acaso no es así? No, no quiero decíroslo: el mínimo enfado del Rey

supondría una condena para un antiguo soldado. Una sola palabra vuestra valdrá para mandarme a galeras, si es que mi cuerpo cansado y cojo sirviera al menos para remar.

Sin embargo, conforme avanza la tarde, me doy cuenta de que Vos habéis sufrido tantos miedos como yo. Sólo sois el rey de los hombres, y al igual que las demás personas no podéis hacer nada contra la muerte o la enfermedad, esos dos látigos que os han golpeado desde la niñez y que os hicieron envejecer de espíritu antes de tiempo.

Cuando entré aquí tenía miedo. Pero ahora tengo la confianza de quien nada puede perder ya. A fin de cuentas, ¿qué puede quitarme hoy un rey de los hombres? Todo lo que quise, todo, está lejos; al principio, cuando vivía en las Indias, había quedado en España; ahora, queda al otro lado del mar y en mi propia memoria. Y a veces pienso que ésta me juega malas pasadas y que cada día me vuelvo más loco, quizá por las horas de soledad en Sentise, quizá porque mucho antes de partir de España ya estaba enfermo del alma, con dudas que aún no acierto a resolver. Ahora sé que me embarqué no sólo por el reconocimiento, no sólo porque el viaje era una oportunidad única para un joven soldado, sino para huir de mí mismo, del vacío que sentía en el corazón. Por raro que pueda parecer (ahora os lo contaré todo) éste se llenó durante una corta época en Sentise, pero todo acabó. Estoy de vuelta y, lejos de contentarme por vivir con mis semejantes, me encuentro triste: compruebo que, en muchos aspectos, vuelvo a ser el que fui antes de irme, con las mismas dudas, los mismos miedos, el mismo vacío.

Una cosa he ganado: ahora, al menos, tengo la valentía de reconocerlo ante mí mismo, cuando antes no lo hacía. Sin embargo, la mayoría de mis otros miedos, de mis otras desazones, no las puedo ni decir ni comentar. Soy soldado y

mis superiores y propios iguales de armas me enseñaron que es tan importante tanto el *ser* fuerte como el *parecerlo*. Una cualidad no sirve sin la otra.

Sin embargo, ay, cuántas veces quiero alzar mi voz, lanzar un grito sobrehumano que me libere de toda angustia. Cuántas veces he querido emborracharme hasta no saber quién soy. Cuántas veces he maldecido no ser como los demás. Cuántas veces me he lamentado por darme cuenta de quién soy, de quiénes somos. Y, cuando me he emborrachado he sentido que, tras una tregua muy corta, esa sensación de vacío vuelve aún más fuerte y me obliga a rendirme.

Nada han podido librarme de ella ni si quiera mis semejantes, mis amigos. Durante mucho tiempo creí que la mayoría de éstos sobraban y, ahora, me doy cuenta de que es verdad.

Los amigos mejores, los verdaderos los conocí a los diecisiete, cuando aún no era soldado y cuando, ni por asomo, sabía lo que me depararía la vida. Muchos de ellos resistieron a la criba de los años y de los azares: algunos quisimos servir al Rey, otros sólo a sí mismos como cazafortunas. Algunos tomaron esposa y tuvieron hijos. Todas esas aventuras grandes y pequeñas nos separaban —al menos en los compases iniciales— de lo que siempre había sido o habíamos querido ser.

Hoy, por un motivo u otro, se han ido la mayoría de los compañeros de armas que antes tuve, se han diluido con los años, y sólo quedan contactos pueriles u obligados por el honor con aquellos a los que más abrí un día el corazón. Y a veces ni eso. Desde que desembarqué en Sevilla, hasta llegar aquí, he tenido algunos encuentros con antiguos amigos. Algunos me han tratado bien; pero la primera frase que he

oído de otros —de casi todos— es que no tenían dinero que dejarme. Juro por Dios que no les iba a pedir ni una sola moneda.

Y, sin embargo, sé que a veces, aunque sólo sea algunas veces, los encuentros con amigos son de nuevo como antaño. Entonces uno se siente bien, como si la corriente de un río arrastrase nuestra barca hacia una selva esmeralda de manera lenta, muy lenta, y en ese transcurrir nos encontramos con otra barca, con otro aventurero, con el que hablamos un rato antes de entregarnos a ese misterio verde y enorme que nos espera.

Crepita el fuego de vuestra estancia, y aún me queda por contaros qué es lo que pasó en el Monte Akal, justo cuando llegaba mi hermano de España. Aún he de contaros también por qué me alimentaron en la celda mejor que a mis compañeros, los otros buscadores de perlas, y qué pasó con ellos. Aún he de contaros, en definitiva, cómo se llenó mi corazón, la más maravillosa de las historias que jamás se han narrado, que escapa a nuestro discernimiento y que, probablemente, no comprendamos jamás.

Aún me quedan muchos matices que confesaros.

Estáis ante mí y os inquieta mi silencio. Yo os miro porque me habéis dado permiso: me dijisteis que queríais ver mis ojos para saber si yo mentía, y aquí los tenéis. Os enseño en realidad mi alma y mucho me temo que las dos —la vuestra y la mía— lucen con la misma intensidad. Si existe Dios (un dios de verdad, no ese viejo de barba blanca sentado en un trono del que nos intenta convencer la Iglesia), no tendrá mucho reparo en mandarnos al infierno a los dos al mismo

tiempo, cuando llegue el momento. Y, aún así, me parece  
 hartamente difícil. Si Dios es amor y es luz, no es juicio, no es  
 venganza. No quiere llevar siempre la razón. No castiga.

Conocéis muy bien esta verdad, pero no la decís; ése es el  
 juego. Os conviene que un pueblo analfabeto piense lo  
 contrario, que tenga miedo a un dios todopoderoso, a  
 representantes suyos en la Tierra, a un rey sobrehumano.  
 Creéis que todo lo que se respeta es aquello a lo que se teme.  
 Y no estáis seguros de que vuestro pueblo respetase a un rey  
 viejo con problemas para dejar descendencia. No estáis  
 seguros de que vuestro pueblo reverenciara a un monarca que,  
 apasionado por la magia y la nigromancia, utilice la  
 Inquisición como la mejor de sus armas. No estáis seguros, en  
 definitiva, de que vuestro pueblo respetara a un rey como  
 Vos.

Yo te dedico, Felipe, rey de los hombres, este silencio que no  
 es amedrentado. Paciente, espero que me preguntes de nuevo  
 cómo terminó mi aventura en Sentise, quién es realmente  
 Pedro Ureña y qué tuvo que reconocermelo un día Françoise  
 Tremonde Sólo falta que ahora te inclines hacia adelante,  
 claves tus ojos en mí, ya contrariados al comprobar que mi  
 temor ha desaparecido, y que me pidas que, por favor,  
 continúe mi historia.

Tú me tienes miedo, Felipe, porque yo sé cuál es el secreto  
 de los buscadores de perlas y porque yo he hablado con  
 Pedro Ureña mientras que tú no. Tú me tienes miedo porque  
 conozco todos esos secretos cuando, hasta hace pocos  
 minutos, era ante tus ojos sólo un pobre cojo.

—Juan Bautista Beniel, por favor, ¿puedes continuar tu  
 historia?

—Cumpliré vuestro deseo, Majestad.



---

## 11.- El Señor de las Bestias

¿Estáis preparado?

Cierre los ojos. Ciérrelos, Majestad. Porque así, en esa oscuridad que ahora percibe pasaron los años en mi celda. Venga, ciérrelos, imagine lo oscuro. Sentid las sombras y el silencio y una voz que los rompe: “Nunca pierdas la ilusión”, dice, a lo lejos.

La oscuridad se desvanece como la niebla en la mañana. Hace frío en la celda y el rayo del sol atraviesa los barrotes de la ventana. Nos encuentra a los buscadores de perlas ya despiertos, sentados en el suelo, hechos un ovillo; la cabeza escondida, agachada; la frente apoyada en las rodillas, rodeada por los brazos.

Y mi rostro, que se levanta tardo, muestra ya las huellas de los años que he pasado allí. En mi frente, la U de Ureña marcada a fuego. Tengo los ojos cerrados que abro sin prisa, porque ya no espero nada nuevo del amanecer. Me han crecido greñas por pelo y el sol ha envejecido mi piel. Si hubiera traicionado a mis compañeros quizá podría desayunar en un lecho, con ropa limpia, blanqueada al sol, pero el otro sol, el de los hombres libres. Pero no ha sido así. Imagíneme, Majestad: los dientes se me han caído por la piorrea, escamas de piel muerta me cubren la espalda, hombros y brazos; las uñas de pies y manos han crecido, están rotas y secas como las puntas de las hojas de una palmera.

Quien me viera ignoraría que soy español. Quien me viera diría que soy un monstruo. Y recuerdo: hubo un día en que fui uno de los oficiales más apuestos y afamados de la Corte. Pero, no sé si por suerte o por desgracia, me enteré de ello tarde y cuando no había remedio.

Y entonces Santiago me lo dijo:

—Nunca pierdas la ilusión. A veces podrás creer que te morirás aquí, pero no es así. Aquí no te pudrirás si tú no quieres. Hazme caso.

—Entonces —pregunté—, ¿qué haces tú aquí?

—Quizá, a lo mejor, es que *necesito* estar aquí. Tengo que aprender algo aquí, ¿no crees? Dios puede tenernos reservada una lección o una sorpresa, y si éstas no aparecen, debemos abrir más nuestros ojos: todo lo bueno está ahí fuera, nos envuelve, nos baña sin que nos demos cuenta.

Mi amigo había logrado captar mi atención.

—Dentro de poco —continuó— nos harán salir afuera para sacar las perlas del fondo del mar. Recréate antes en la paz que tenemos la suerte de vivir hasta que llegue el momento.

Quizá entonces quise revolverme, negar que la esperanza existiera. Quizá quejarse fuera lo más cómodo. A lo mejor, Santiago ya se había convertido —sin que nos diéramos cuenta— en el viejo chiflado que anticipaban sus manías y su extraña forma de hablar, a mitad de camino entre niño ingenuo y viejo sabio. No, no debía hacerle caso, debía ignorar sus palabras para conservar mi cordura.

—No me mires así, hijo. Cuando te vi por primera vez sabía que te costaría aceptar lo que te digo, a todos nos pasó igual. Pero ya verás cómo la fuerza de la vida es más tenaz que cualquier intento de abandono.

Me ofendió que me hablara así, casi como a un cobarde. Sin embargo, un día me sorprendí a mí mismo mirar el amanecer desde la celda con la ilusión de un joven que presiente que le pasará algo bueno dentro de poco. Me había levantado en la oscuridad y había llegado hasta los barrotes: allí, a lo lejos, la luz del sol naranja rayaba el horizonte. Santiago, viejo chiflado, tu consejo había germinado en mí, sin que me diera cuenta, de forma tan milagrosa como una semilla en tierra baldía.

Unos días después, reparé en unos sonidos que, de tan cotidianos, me habían pasado desapercibidos: los de las gaviotas y otras aves marinas. Llegó un momento en que controlaba cuándo despertaban, cuándo pescaban alborotadas bajo el sol, cuándo dormían.

Todas las mañanas me acercaba a los barrotes para observarlas mejor. Por regla general, el poblado aún seguía dormido, y las calles encaladas mantenían un brillo azul que podía ser tan mágico como triste y melancólico. Por raro que parezca, aquella imagen empezó a gustarme.

Esas calles eran las mismas que horas después parecían hormigueros de personas, y también eran las mismas que reservaban para mí una de esas sorpresas de las que me avisaba Santiago. Porque una mañana, mientras veía el revolotear de los pájaros, perdí la mirada por las callejuelas y vi a una joven india distinta a las demás. Aunque su piel era morena, tenía el pelo ensortijado y del color de la avellana —no negro y liso como las demás mujeres de aquellas

tierras—. Era también más alta que las otras y llevaba un canasto lleno de verduras a la cintura como si fuera una muchacha castellana, no en la cabeza como las nativas.

¿Dónde había visto a aquella mujer?

Entonces me acordé: era Esperanza, la india criolla que servía a Francois Tremonde. Habría bajado al poblado, con toda seguridad, para comprar viandas para su señor. Era una mujer bella que, además, me trajo el recuerdo de que, un día, yo fui libre. Y este recuerdo era —como la imagen de las calles del poblado al amanecer— tan gozoso como triste y melancólico a la vez.

Miré la posición del sol. Quizá, cuando estuviera a esa altura, la mujer volvería al día siguiente, seguiría su recorrido particular por los puestos y casetas del poblado llenos de nativos y marineros recién llegados de España.

Al día siguiente no volvió. Ni al siguiente. Ni al siguiente. Pero sí al cuarto. Observaba cómo caminaba con su cesta a la cintura. Y, por un momento, me parecía ver en realidad, no una calle de Venezuela, sino de nuestro Levante, con ese sol que reverbera en las fachadas encaladas de las casas.

Ni si quiera miró a los calabozos.

—Te gusta esa mujer, ¿verdad? —preguntó Tomás.

—Sí, ella es...

—Sé que es la criada de Tremonde. Yo también la conocí cuando llegué al cuartel de Ureña. ¿No le pidió él ella que trajera unos vasos de licor?

—Sí.

—A mí también —dijo con mirada lasciva—. Estaba bellísima, como ahora. Y me trató con dulzura, como si en el mismo infierno también hubiera ángeles extraviados y hambrientos.

Así que Esperanza no sólo había sido amable conmigo. Unos celos estúpidos —aunque inevitables, todos los celos son estúpidos— inundaron el poco sentido común que me quedaba.

Los soldados nos llamaron para que saliéramos de la celda y, antes de atravesar el umbral de la puerta, Santiago se acercó a mí. Su mirada era paternal:

—Juan Bautista, ¿te acuerdas de lo que te dije aquel día sobre aquello de tener ilusiones y saborear la pequeña paz de algunos momentos? Pues aplícate el ejemplo.

Miré a la plaza. Esperanza estaba allí, hablaba con otras jóvenes, ajena a toda conversación que tuviéramos sobre ella. Hubiera sido un regalo de Dios haberla conocido más, aquella tarde que me sirvió el licor en el cuartel de Tremonde. Hubiera sido un regalo de Dios que yo fuera un hombre normal, incluso más joven, de la edad de la muchacha. Quizá, algún día, yo podría escapar. Quizá, algún día, y no sabía a qué precio, Tremonde me liberase y pudiera hablar con aquella mujer. Pero, bien visto, ¿ella qué encontraría? Simplemente un hombre que deja de ser joven, cubierto de pelo, a quien se le han caído los dientes y marcado para siempre como los esclavos, porque esclavo es.

No, no sería buena idea que una mujer así me conociera.

—Recuerda: nunca pierdas la ilusión —repitió Santiago. Ya estábamos en la playa, camino a las canoas.

—Eres cruel por dar ilusiones a un condenado.

—Condenado, ¿de qué?

Era verdad, realmente no estaba condenado a nada. Quizá Santiago tenía razón: es bueno conservar las ilusiones y dar gracias a Dios para ser conscientes de valor de lo que nos es concedido, por pequeño que sea. Un hecho cotidiano se había convertido en lo mejor del día, y sólo me enfadaba que Tomás la mirase tanto como yo.

—¿Y eso por qué? —preguntó Santiago, ya dentro de la canoa, ante la mirada del soldado que custodiaba la popa.

—Porque, si por casualidad, si gracias a la mínima gracia de Dios nos encontrásemos un día libres, libres y ante ella, creo que Esperanza se fijaría más en Tomás que en mí.

—O no. Eso nunca se sabe.

Yo estaba convencido de que sí. Tomás era más joven que yo. Tenía un torso musculoso, pero a la vez flexible como una caña de bambú. Conservaba todos los dientes, y su cara lucía aún la mirada humana que habíamos perdido todos los que éramos pescadores de perlas.

Además era un hombre seguro. Parecía no temer a su destino y en más de una ocasión había planeado fugarse. Era, en definitiva, todo lo que podía querer una muchacha y que yo, en mi estado tan deplorable, no podía dar.

Entonces Santiago lo calló, pero tiempo después, mucho tiempo después, me dijo que por nada de eso debía tener miedo. Que no debemos sentirnos inferiores a nadie y que los celos, en la mayoría de los casos, no tienen sentido. Me dio

una razón muy simple: quizá yo, con mi boca mellada y con esta U marcada en la frente, podía darle lo que nadie en el mundo le podría dar. Me dijo también que no hay una sola forma de belleza, sino muchas; y que no sólo se refería a la física, sino también a la belleza del corazón. Y que la particular belleza de mi corazón sería, a lo mejor, aquella que a Esperanza le gustaba y que buscaba durante mucho, mucho tiempo.

Esas palabras desataron mi imaginación y me hicieron y soñar despierto, tal como lo hacía de niño en el internado de curas.

---

## 12.- Como cartas de amor imposible

Sí, imaginé e imaginé.

Mi imaginación echó a volar como cartas de amor imposible. Ésas que un preso saca con la mano entre los barrotes de la celda para dejar que las lleve el viento.

Hasta pocos años atrás, el casarse con una india era ilegal e impensable. Los colonos que ponían los pies en la tierra firme del otro lado del mar a menudo llevaban consigo mentalidad conservadora. En Europa se pensaba aún que los indígenas no tenían alma pese a que, cada día, era creciente el número de ellos que abrazaban la fe católica, todo ello gracias a los esfuerzos evangelizadores de pioneros como fray Bartolomé de las Casas.

Los colonos tomaban mujeres indias pero no se casaban con ellas. Quien se enamoraba lo hacía en secreto, y sólo unos pocos formaban familia u hogar mestizo. Tuvieron que pasar años para que el Papa autorizase el casamiento entre personas de distintas razas.

El padre de Esperanza era uno de esos españoles que habíamos cruzado el mar para adentrarnos en las selvas y enfrentarnos a lo desconocido. Aquel hombre no había sobresalido en el mundo de los blancos; allí era tan sólo uno más. Pero, apenas sin darse cuenta, su destino cambió en las Indias. Conoció nuevos pueblos y nuevas tribus de costumbres desconocidas en Europa. Hizo amigos de muy diverso talante: agricultores, cazadores, pescadores de perlas.



Y chamanes. Y éstos —lo sé bien— tienen el don de percibir ciertas cualidades en los seres vivos que el resto de las personas no podemos ver. Me refiero, por ejemplo, a la luz que desprenden las personas que son de fiar.

Y los chamanes de la última tribu en la que recaló el padre de Esperanza vieron que éste desprendía una luz dorada y cálida. Luz de una persona de fiar.

Uno de los chamanes con que mejor se llevaba el padre de Esperanza era un viejo viudo que sólo tenía como tesoro a Etrusa, su única hija.

El enamoramiento entre el español y la hija de aquel brujo fue casi instantáneo. De una relación en la que sólo existían verdades, sólo podía nacer una persona como Esperanza: una princesa mestiza capaz de ver en el interior de un hombre como yo, antiguo oficial pero que había caído en desgracia como esclavo.

A mí me gustaba imaginar esta historia, sin saber si era cierta o no. Había decidido tener un sueño cuya cara era la de esa mujer benéfica; sólo me quedaba seguir soñando y dejar pasar el tiempo.

Y este tiempo pasó y pasó, como las hojas de un gran libro llenas de aventuras...

Una mañana calurosa perdí el sentido. Ocurrió después de haberme sumergido docenas de veces. Entonces no sabía que aquel accidente que nos amedrentó a todos —aunque se había convertido en natural ver morir a compañeros— iba a cambiar por completo mi vida.

Ya me había sentido débil cuando, al salir del agua, intenté alzarme a la barca. Tuvieron que ayudarme a subir, y caí como un fardo sobre la canoa que, brusca, bandeó a izquierda y derecha. El sol me dio en la cara cuando me incorporé, y me sentí aún más débil, con presión en mis oídos, sin fuerza si quiera para retirarme el pelo mojado de los ojos.

Me llevaron a la orilla de la playa. No esperaba la compasión de los soldados y tampoco la encontré. Recordé la imagen que, años atrás, había visto en las playas de Huelva.

Era la de un pescador con caña a quien no veía la cara porque se la tapaba el ala de un sombrero de paja. Había sacado del mar un pez hermoso, como de dos cuartas, que, suspendido por el cordel, aún en el aire, intentaba zafarse de su destino a coletazos. El pescador tomó con una mano el pescado mientras que con la otra le quitaba el anzuelo. Pensé que lo introduciría en su morral de mimbre. Pero hizo lo contrario: lanzó el pescado al suelo, como quien deja un objeto sin valor al que se desprecia. El pez agonizó bajo el sol en un mar de arena.

Y, al igual que él, yo daba bocanadas de aire, cada vez más espaciadas. A lo lejos oí voces: las de mis compañeros y las de una mujer. Una alucinación, un delirio antes de la muerte. Me apoyaron en un regazo almidonado.

—Va a morir —dijo Tomás—. No ha durado tanto, Santiago.

—Cállate, hombre de poca fe —contestó el viejo. Luego se acercó a mi oído y me dijo: Ánimo, muchacho, ¡despierta antes de que los soldados te rematen!

En el fondo sabía que los soldados no me rematarían, como tampoco lo hizo aquel pescador con el pez. Quizá porque para ellos no valía la pena ensuciar el cuchillo o la culata de su arcabuz; quizá también porque a algunos hombres les gusta contemplar el dolor. Pero al cabo de un rato comprendí que no me remataban por el regazo almidonado sobre el que descansaba mi cabeza; era el de una mujer, la criada de Tremonde, la mestiza Esperanza.

—¿Es que acaso no comías lo que te dejaba en la ventana?  
¿No estás fuerte? Vamos, ponte bien.

Me dijo al oído. Ella era mi ángel de la guarda; ella había estado todo aquel tiempo cerca de mí sin yo saberlo.

Me recuperé y, por difícil que pueda parecer, los días en la celda me resultaron más tranquilos. Era como si supiese desde siempre que todo sufrimiento podía tener su sentido y que la libertad era sólo cuestión de tiempo.

Pero una noche, Tremonde volvió a llamarme a sus dependencias. Me dijo que antes del alba, ya por fin, vendría Pedro Ureña y que yo debía guiar a todos los pescadores de perlas en el recibimiento.

—Veo que últimamente estás con mejor aspecto, español. Juraría que te has enamorado. No sé si estás en las mejores condiciones para servirnos, pero creo que valdrás. Sí —dijo mirándome a los ojos con cinismo—, sé leer en el interior de las personas y sé que tú valdrás.

Cuando le conté a Santiago lo que me había dicho Tremonde, mi amigo puso cara reflexiva y de resignación.

—El francés me avisó de que allí mismo nos daría instrucciones de lo que tendríamos que hacer.

—Recuerda bien esto, hijo: pase lo que pase no pierdas el ánimo. Pase lo que pase no hagas nada de lo que te arrepientas luego.

Los soldados vinieron a buscarnos cuando todo el poblado estaba dormido. Era una noche sin viento y más silenciosa que las demás; era una noche muerta, en la que sólo se oían las olas del mar. Como siempre, los soldados nos ordenaron en fila, con una larga cuerda que nos ataba a todos por nuestros cuellos. Ellos iban al principio y al final de la cuerda; iluminaban el camino con sus antorchas.

Abandonamos a su ritmo la playa y nos introdujimos en las casas del poblado, todas con sus luces apagadas, todas ignorantes de que atravesábamos sus calles. Me acordé de Esperanza e imaginé que estaría dormida y sentí una súbita vergüenza de que ella me viera así, atado como un buey.

Pasado un rato llegamos a la sierra. Atados por el cuello como animales, descalzos y exhaustos, estábamos a merced de la noche y de nuestros captores.

Detrás de unos árboles adivinamos la claridad de lo que parecía ser una fogata. Conforme nos acercamos a ella vimos que se hallaba en un claro del bosque y que la luminosidad estaba producida, además, por unas velas colocadas en la hierba, cuyas llamas no titilaban; el viento no movía siquiera las hojas de los árboles. Al llegar al lugar vimos que la fogata estaba apartada de las velas; pero sólo yo me di cuenta de que éstas habían sido ordenadas en una figura geométrica: una estrella de cinco puntas. Recordé el sueño que tuve años atrás, en el que una vieja bruja me advirtió que me tenía que marchar de Sentise.

En la punta más alta y más alejada de nosotros estaba Tremonde, que me dedicaba su sonrisa de chivo. Su mano derecha descansaba en la empuñadura de la espada asida al cinturón. □Esa espada era la mía! □De la que años antes había sido despojado! Me acordé de mi pobre padre, que mandó inscribir un consejo en la cazoleta; mi padre, que gastó unas monedas que más le hubieran servido para comer. El francés me miraba, distante y cínico, casi con gozo.

—Sentaos ahora mismo —mandaron los soldados con desprecio.

Nos dieron vino en abundancia y pequeñas bolas de carne. Tenían fuerte sabor a especias, pero ninguno de nosotros supimos de qué estaban hechas. Mientras las masticábamos, Tremonde y los suyos rodearon la estrella de cinco puntas. Entonces el traidor, ya serio y ceremonioso, empezó a entonar unos salmos ininteligibles. Lo hizo en un idioma que, le juro, Majestad, no era ni francés ni latino ni inglés. No era ningún idioma cristiano conocido; eran palabras oscuras. Créame: nunca, nunca hasta entonces, ninguna palabra me había estremecido; pero aquéllas me atemorizaron como a un niño la mala muerte.

Una y otra vez, Tremonde repetía aquel salmo con ritmo de pesadilla. Y, aunque hizo una pausa, comenzó de nuevo con un tono más alto. Los demás soldados se unieron a él con un servilismo repugnante. Subían el tono cada vez más y más y más. Todos rezaban y Tremonde era su sacerdote.

Nosotros, los pescadores de perlas, habíamos caído al suelo drogados por el vino y la comida. Estaba exhausto, lleno de miedo, sin saber qué nos harían.

A lo lejos, a espaldas de Tremonde y de los soldados, surgieron de la oscuridad del bosque tres caballeros con capas ocres y vaporosas, y que caminaban sin hacer ruido de espuelas, como si sus botas no tocaran el suelo. De los tres, los dos que estaban a los lados parecían gemelos. Tenían el pelo muy claro y descuidado, ojeras y la palidez de la muerte. Eran barbilampiños, casi con cara de infantes tristes. No miraban al frente, sino al suelo, como si estuvieran inmersos en profundas meditaciones.

Por el contrario, el de en medio era un hombre maduro, alto y vigoroso. Era fuerte, de hinchados carrillos; tenía perilla y el pelo, muy negro, peinado y aceitado hacia atrás y recogido en una coleta. Tenía también la sonrisa del que llega a su casa tras haber pasado mucho, mucho tiempo alejado de ella.

Sólo Tremonde intuyó su presencia. Lo sé porque, de espaldas, antes de ver a aquellos tres espectros, levantó los ojos al cielo, como en actitud de éxtasis y de dar gracias por un favor que estaba a punto de recibir.

Con cara de inmenso placer dio la media vuelta hacia aquellos tres que ya estaban a escasa distancia. Entonces bajó la mirada hincó la rodilla en el suelo y exclamó:

—Mi Señor, habéis vuelto.

Aquél hombre fuerte era Pedro de Ureña.

Fue entonces cuando los soldados también percibieron esa presencia y empezaron a gritar en la noche entregados al éxtasis, como si fueran bestias. Puestos de rodillas, algunos gemían y otros reían nerviosos. Algunos, con la cabeza gacha, estiraban los brazos a los recién llegados, pidiéndoles dinero, riquezas, mujeres o la muerte de enemigos,

familiares, o, de forma ruin, de esposas e hijos que vivían en la lejanía y a quienes no les querían deber cariño ni responsabilidades.

Con espanto me di cuenta de que Ureña se fijó en mí. Se hizo el silencio; los soldados se extrañaron de que su señor se dirigiera a uno de los esclavos y no a ellos, y, quizá para atraer otra vez su atención, empezaron a entonar con letanía los mismos salmos de antes, esa misma pesadilla. A pocos metros de distancia, Tremonde asistía con gozo a aquella escena, con su mano derecha puesta de nuevo en la cazoleta que antes fuera mi espada.

Ureña y sus dos lacayos se acercaron hasta nosotros, los buscadores de perlas, que seguíamos en el suelo, sin poder mover nuestros cuerpos. Mis compañeros no dijeron nada, no expresaron temor, ni vi brillo de emoción alguna en sus ojos. No sabía si aquella actitud era de entrega, de resignación o de valentía.

Aquel extraño señor se acercó hasta mí, mirándome. Me rozó con su capa y sentí frío, como quien es acariciado por una serpiente grande y viscosa. Me dijo:

—Nosotros os necesitamos.

Yo apenas podía mover los labios, pero en mi mente nació la pregunta de para qué, de por qué ahora, y de quién era él para ordenarnos eso.

Como si me hubiera leído el pensamiento, me contestó que para engrosar su ejército como oficiales. Y que si yo estaba interesado en demostrar mi valía, allí era el lugar idóneo, pues sería reconocido por los demás. Sería, me dijo, respetado y venerado, y no tendría que depender de un rey

viejo y con problemas para dejar descendencia, rey que me mintió y que me envió al otro lado del mar para conocer un secreto tan fácil que descansa en la palma de la mano. “Con nosotros toda tu vanidad será satisfecha. Te lo dice un Señor que no es sólo rey de los hombres, como Felipe”.

¿Cómo aquel hombre sabía quién era yo, mi procedencia, mi misión en aquellas tierras?

—Si quieres conocer quién soy, Juan Bautista Beniel, te bastará oír que sé que tu padre ya ha muerto, que tu hermano te odia y que nadie se acuerda de ti en España. También quiero decirte que esa mestiza no tiene alma y que no te dará felicidad alguna, pues en realidad no puede quererte.

Tanta maldad no podía ser cierta. La pena me invadió el corazón y comencé a llorar como un niño: quizá aquellas palabras podían ser verdad.

Entonces ocurrió la escena más tétrica, lúgubre y repugnante que he visto nunca: Ureña y sus dos lacayos comenzaron a transformarse. Sus capas se convirtieron en hábitos más blancos y pálidos y que cubrían el cuerpo como mortajas. Sus caras también cambiaron: desaparecieron los rasgos de hombres, sus rostros se redondearon, se quedaron sin cejas y el blanco de sus miradas se tornó en amarillo. La voz varonil de Ureña se mudó en una que no era ni de mujer ni de hombre, ni fría ni caliente, y que, quizá por ello, resultaba aún más diabólica.

—Recuerda todo lo que te hemos dicho —sentenciaron los tres al unísono—. Nosotros os necesitamos. Y tú sabes, Juan Bautista Beniel, que también nos necesitas si no encuentras lo que buscas en tu Reino.



Fue aquella la primera vez que tuve conciencia de ser el blanco de una fuerza sobrehumana, y no quiero saber si hablé con el mismísimo Satán o con sus siervos.

El caso fue que, como un relámpago, surgió esta vez de la oscuridad del bosque el relinchar de un caballo y un sonido de galope. Alguien, a lo lejos, disparó arcabuces, que fueron el prólogo a los quejidos de muerte de los soldados de Tremonde. Luego, un griterío, una carga. Ruido de espadas. Los tres espectros apenas se inmutaron ante la muerte de los otros y, con mirada impasible, se desvanecieron en el aire.

Poco a poco, los pescadores de perlas recuperamos la movilidad de piernas y brazos. Me incorporé y distinguí entre las aguas de la mirada a un centenar de hombres ataviados con vestimentas burdas, de ladrones del mar. También divisé a algunos caballos y uno de ellos, blanco, montado por alguien que me era familiar. □Era mi hermano!

Se acercó hasta nosotros, desmontó a toda prisa, cortó la cuerda que unía nuestros cuellos. Luego, me dio un abrazo que hasta entonces yo nunca había recibido.

—¿Qué haces aquí? —pregunté—. ¿Quiénes son estos hombres con los que has venido?

—Saldo deudas. Y los que me acompañan son contrabandistas.

—Pero, ¿de qué deudas hablas?

Me dio un puñal y me dijo: “Recupera tu espada”. Al fondo, protegido por dos de sus sicarios, Tremonde me observaba. Corrí hacia él con la furia. Él desenvainó mi espada y me la

tiró al suelo. “No hace falta que me la quites”, leí en sus labios. La tomé del suelo y me dirigí hacia su posición. Ordenó a su guardia que le dejaran solo conmigo.

Alrededor continuaban los sonidos de la lucha, que se apagaban poco a poco en mi cabeza. Era como si estuviera sumergido en el mar. Sólo entonces reconocí una voz, que no era la de mi hermano: era la de mi amigo Santiago que me aconsejó: “¡No lo hagas. No hagas nada de lo que luego puedas arrepentirte!”.

Me di la vuelta pero Santiago no estaba cerca, sino aún convaleciente, tirado en el suelo con los demás buscadores de perlas. Era imposible, o eso creía yo, que él me hubiera hablado al oído.

Aún quedaba batalla. Antes de que continuara el olor a sangre, antes de que prosiguieran los gritos y las súplicas de los enemigos, antes de que sus propios aceros quemaran también nuestra piel, antes de todo eso, había tomado de nuevo mi espada. Otra vez en mi mano, recordé que yo era un soldado y uno de los oficiales más renombrados de la corte, pero que, no sabía si por suerte o por desgracia, se enteró de ello tarde y cuando no había remedio. Me prometí a mí mismo que nunca más iba a cometer este fallo. Ya nunca más necesitaría el reconocimiento de los otros.

Pedí perdón a Dios por mi arranque de ira, aunque me consuela saber que fue contra bestias. Justo en el momento de levantar la espada contra Tremonde, sentí que la magia cubría todo aquel campo.

Os preguntaréis, Majestad, qué pasó con mi hermano. Atendió a los buscadores de perlas mientras yo daba cuenta de Tremonde. Cuando los contrabandistas amigos suyos y yo

terminamos de luchar —algunos soldados del francés prefirieron rendirse— le busqué con la mirada, pero no le encontré. Tomás me dijo que, espada en mano se había adentrado en el bosque, en busca de Ureña y de sus dos lacayos, que habían vuelto a aparecerse ante los ojos de los demás bajo su apariencia de guerreros.

—Le llamamos, le dijimos que no fuera tras ellos, que era peligroso. No nos hizo caso. Hemos ido en su busca pero no aparece.

Y así fue. Yo también, como hombre libre que era ya, marché en su busca en la alborada, ayudado de las antorchas y de las primeras luces del día. Le llamé mil veces pero no apareció.

---

## 13.- La Gruta de las Doce Lechuzas y el poblado de Nueva Esperanza

Después de haber vencido a la guardia de Tremonde, los contrabandistas se apropiaron de parte del botín de la ciudad, pues así se lo había prometido mi hermano. Otra parte (perlas, ganado y algunas armas) nos las quedamos los buscadores; y otra se la cedimos al pueblo. Después de tanto tiempo privados de la libertad, no sabíamos qué hacer con nuestras vidas y menos aún con las perlas que rebosaban en nuestras manos.

Los contrabandistas dijeron que sólo estarían dos días en Sentise. Querían irse de allí lo más presto posible, sin dejar rastro de su acción.

Nosotros también pensamos que lo más propicio sería marchar hacia las sierras. Temíamos que Vuestra Majestad enviara tropas cercanas para restablecer el orden y que pagásemos justos por pecadores.

Santiago propuso formar un consejo de ancianos constituido por pescadores de perlas y aquellos representantes de la gente del poblado que se quisiera unir a nuestra marcha. Así se hizo y, en ese mismo día, nos reunimos cerca de doscientas personas dispuestas a empezar en otras costas una nueva vida.

Luego, ese consejo de ancianos se reunió y confirmó que debíamos huir de Sentise hacia las montañas, donde la Naturaleza sería mejor aliada que la codicia humana. Era mi

ocasión, por fin se acercaba el momento que había soñado durante tanto tiempo: hablar a Esperanza como hombre libre, mostrarle un corazón sin cadenas. Marché a la casa que Tremonde tenía en lo alto de la colina, donde ella servía. Le dije que ya era también una persona libre, que ya no tenía por más señor que a su propio corazón y que, si quería, podía emprender el viaje con nosotros. Ella aceptó sin ningún reparo, con la sonrisa de quien ya sabe de antemano el buen futuro que le espera.

Me sentí el hombre más feliz del mundo cuando me dijo “Acepto ir contigo, buscador de perlas”. Sin embargo, resonaba aún en mi cabeza las palabras de poder que Ureña me había lanzado como una maldición: *“Tu padre ya ha muerto, tu hermano te odia y nadie se acuerda de ti en España. Esa mestiza no tiene alma y no te dará felicidad alguna, pues en realidad no puede quererte”*.

No podía ser verdad; Esperanza me quería, pues de lo contrario no me hubiera cuidado en secreto durante tantos años y no hubiera aceptado ir conmigo a las sierras. Sin embargo, ¿cómo podía quererme de verdad si no me conocía? Decidí olvidarme de aquellas palabras y disfrutar de mi nueva vida de hombre libre.

Durante el trayecto hacia otras costas observé que, lejos de mostrar alegría por la liberación, todos los miembros del Consejo de ancianos me miraban de soslayo, muy serios y reflexivos, como si quisieran ocultar algo.

En aquella primera jornada se reunieron en la playa antes de que el sol se durmiera. Me hicieron llamar y me esperaron sentados en fila, con pocas palabras y gesto grave:

—Has quebrantado una ley del Cielo —dijo Santiago, que estaba sentado en el centro—. Has odiado, te has envilecido, has actuado como una bestia.

—Os salvé —dije, sorprendido por su reproche.

—También nos podíamos haber salvado nosotros mismos por nuestros propios medios.

—Siento que te hayas disgustado, pero lo único que hice fue luchar contra bestias.

—Poniéndote a su bajeza.

Nunca había visto tan triste ni tan resignado a Santiago. Tomás estaba cerca de la escena, en silencio, con sonrisa de triunfo secreto, de superioridad. Mi corazón se inundó de angustia; sentí vergüenza. No por haberme enfrentado de aquella forma a Tremonde y a los suyos; no por sentirme vencido a los ojos de Tomás; sino por haber sido reprendido por Santiago. Él había sido mi consejero, mi mentor y mi aliado. Haberle defraudado a él suponía alejarme más de esa clase de cariño sincero y generoso que un día recibí en Madrid de manos de mi propio padre.

Me dijo que sentían mucho dedicarme esas palabras, pero que no podían ser testigos nunca más de ese comportamiento. De nada sirvió que les recordara lo que soy en realidad: un soldado, y que los soldados utilizamos las armas. Ellos me contestaron que ni ahora ni nunca me ordenarían nada, pero sí que me darían un consejo: que, si yo quería pertenecer al pueblo de los buscadores, podría enterrar mi espada en la playa, como los religiosos escépticos queman sus hábitos o como los reyes cansados se despojan del peso de la corona.

—Y si no lo hago, ¿puedo seguir con vosotros?

Santiago no dijo nada. Se levantó y marchó con dirección hacia las cabañas que los hombres y mujeres empezaban a levantar. Los demás le siguieron, luego se sentaron todos, de nuevo, esta vez alrededor de un fuego y empezaron a comer y hablar entre ellos, sin mirarme, como si yo ya no existiera. Y supe que había llegado el momento de partir de nuevo hacia España.

¿Rencor? ¿Dolor?

No, eso ya no servía de nada. Tan sólo sentía la pena de haber fallado a quienes me habían querido. A quienes me habían enseñado todo. El mejor tributo con que podía pagarles era marcharme sin decir nada. ¿Enterrar la espada como ellos me aconsejaron? Majestad, soy un hombre de orgullo y creo que, a fin de cuentas, eso no hubiera servido para nada. Me habría convertido en un hombre rechazado, pero esta vez sin espada. A veces me consuela pensar que la vida puede volver a juntarnos.

Marché solo hacia el bosque y me acordé de una historia que, años atrás, me contaron los buscadores de perlas.

Tras ese bosque de secoyas, en las faldas de una colina que aún no podía ver, se escondía de los hombres una gruta legendaria: la Gruta de las Lechuzas. Me dijeron que sus entrañas eran tan grandes que albergaban un poblado, al que los indios llamaban Sirí Coaré y que fue bautizado por los primeros españoles que llegaron como Nuestro Nuevo Reino.

Me narraron que estaba custodiado por esas doce lechuzas que le daban nombre, y, juraban quienes las habían visto, eran de un blanco tan radiante como las perlas. Su sola contemplación producía la más grande de las dichas y una paz de espíritu infinita.

Encontrar la Gruta de las Lechuzas y el poblado de Nuestro Nuevo Reino era tarea casi imposible. Quien quisiera dar con ellos debía reunir algunas condiciones: no ser en exceso joven ni viejo de espíritu; tener limpio el corazón; ser a menudo crítico consigo mismo, pero nunca menospreciarse. No ser egoísta. Pero, quizá, lo más importante que el explorador debía saber era que ese descubrimiento sólo sería para él, que no le sacaría de pobre; que, con su consecución, no obtendría ni galardones ni reconocimiento. Es más, a veces traería la duda constante, el desánimo. Todos los que encontraron la Gruta y el poblado comprendieron después que, en el Universo, la vida entera de una persona tan sólo es uno de los destellos del sol que se reflejan en la corriente de un río.

☐Ah! Tampoco convenía obsesionarse con encontrar la Gruta y el poblado. Hubo exploradores, indios y españoles, que dedicaron toda su vida a ello, y lo único que sacaron en claro fue que sus cuerpos sirvieron de alimento a los matorrales y secoyas centenarias del bosque que antecede a la Gruta.

Después de haber sido ignorado por el Consejo de Ancianos, pude ver esos esqueletos cuando caminé solo por el bosque, esqueletos de exploradores vestidos con armaduras de remates de oro que no les sirvió para el viaje final.

Entonces, si ahí estaban los esqueletos, es que había llegado a las cercanías de la Gruta de las Doce Lechuzas. Qué extraño es el destino. Cuando tienes todo, todo te quita; cuando



parece que no encuentras la solución a los problemas, ésta llega sola, como si recordara que nada, ni felicidad ni la desdicha serán siempre absolutas.

La entrada que encontré era terrosa y oscura y estaba en un alto. Para llegar hasta ella debí trepar por la ladera y agarrarme con las manos a las piedras y retamas para no caer de nuevo al punto de partida. Una vez en la entrada, y al no haber de pie, me tumbé boca abajo y me arrastré hacia las tinieblas con la única brújula de la fe. Me dejé envolver por la oscuridad; sentí el frío y la humedad; los únicos sonidos que escuchaba eran los de mi respiración y los latidos de mi corazón. Acepté que, quizá, podía estar equivocado y que podría levantarme sólo después de mucho camino recorrido. Todavía en la más completa oscuridad, seguí adelante, con la espalda apoyada en la pared como único sostén para no caer, quién sabía si al abismo.

Entonces, allá a lo lejos, fui testigo del prodigio. De las grietas y claraboyas naturales se filtraba la luz del sol que iluminaba el borde de un precipicio. Al otro lado, abajo, entre los fulgores de las llamas de antorchas, me esperaban las casas y calles de un poblado que, en apariencia, estaba abandonado.

Y, por fin, volaron hasta mí doce lechuzas que marcaron círculos sobre mi cabeza, una y otra vez. Uno de aquellos animales sabios se acercó a una brazada de mi cara; aleteaba como un colibrí para quedarse suspendida en el aire. Ante mi asombro me preguntó:

—Dime, amigo, qué es lo que quieres saber, si para llegar hasta aquí has pasado por todo lo que creías que nunca te tocaría pasar.

No sé si sus palabras las oí dentro de mi cabeza o dentro de mi corazón, pero de lo que sí estoy seguro es que fueron diáfanas aunque aquel animal no emitió sonido alguno por su pico.

—Quiero saber el camino de vuelta a casa —dije.

—Muy bien, caballero. Pero, antes, ¿quieres saber cuál fue tu pasado, tu presente y tu futuro?

—No.

—Y haces bien, demuestras ser cauto. Es imposible ver el pasado, porque el pasado no existe, no es real. Sólo guardamos imágenes de él, pero no es el pasado mismo. Tampoco podemos ver el presente, pues nuestros sentimientos e intereses nos nublan los ojos y aún no sabemos ver con los ojos de la mente y el corazón. Y el futuro, por definición, tampoco existe, y, por lo tanto, no se puede ver.

—Pero tenemos un destino, el destino que Dios nos marca —dije.

—Mi querido y nuevo amigo, del mismo modo que un niño no entiende el lenguaje de un padre, el hombre no entendería ahora el mensaje de Dios aunque fuera revelado. Del mismo modo que un niño no entiende qué es ser hombre o mujer hasta que llega su edad, el hombre no entendería quién es Dios aunque lo tiene enfrente todos los días. Lo envuelve a todas horas. Y, ahora que tú lo dices, es verdad que Dios escribe en un pergamino, y con pluma fina de ave, el destino de cada mujer y hombre. Pero lo que tú no sabes es que, antes, nos pide permiso a cada uno de nosotros.

»Te lo repito otra vez, querido y nuevo amigo. Dios te da la oportunidad de retractarte: ¿quieres marchar a la isla del pasado, presente y futuro?

—No.

—Juan Bautista Beniel, has sido rechazado por los tuyos, tienes dudas de tu futuro, nada material te queda, tan sólo una espada. ¿Qué es lo que has sacado de todos estos años de cautiverio?

Justo cuando iba a contestar perdí el sentido.

Sentí la calidez del sol sobre mis párpados en el instante previo a volver en mí. Luego, una mano me dio pequeñas palmadas en la cara y una voz aguardentosa me pidió que despertara.

Abrí los ojos y me encontré a los pies del terraplén de la Gruta de las Lechuzas, como si nunca hubiera subido hasta ella.

—Has debido caerte cuando trepabas hasta esa gruta —me dijo uno de los contrabandistas que había venido con mi hermano—. Estaba a punto de marcharme pero quise antes ver estos bosques. Has tenido suerte de que te encontrara. ¿Cómo te has caído? Venga, toma mi brazo e incorpórate.

Me quedé sentado y miré alrededor: ya no estaba ninguno de los esqueletos que había visto antes.

—Pareces contrariado, amigo. ¿Te pasa algo? ¿Por qué fuerzas la mirada? ¿Ves bien? No te preocupes. Muchas veces, cuando uno se da un golpe fuerte en la sesera, ya sabes, ve visiones, tiene sueños. ¿Tuviste alguno?

Le miré con tranquilidad y le dije con una sonrisa:

—¿Sueño? No, en absoluto. Por cierto, ¿cuándo partís?  
¿Puedo marchar con vosotros?

---

## 14.- ¿Esto es un adiós?

El barco nos esperaba en la otra punta de la isla. Atardecía y corría una brisa que, con los años, había llegado a amar. Esperanza estaba muy bella, sentada a solas; tejía collares y pulseras de la suerte con hilos coloreados que pensaba vender.

—Esperanza, amor, hoy es el día que he esperado durante años.

Ella dejó de tejer y me miró con sonrisa extraña, sonrisa de niña.

—No entiendo, Juan.

Nos van a llevar a España. En una carabela de contrabandistas. Te voy a llevar a mi país.

Por no herirme, mi amada calló las palabras que me quería decir. Qué mirada de tristeza la suya. Agachó de nuevo y empezó de nuevo a tejer.

—Esperanza, dime algo, por favor.

—Yo no quiero irme de aquí.

—Compréndelo, yo no puedo vivir en estas tierras. Por mucho cariño que las haya tomado, no son las mías. Luché contra Tremonde para liberar a los buscadores de perlas y

con ello sólo he conseguido incomprensión. El Consejo de Ancianos me ha dado la espalda y ya nunca podré estar a gusto aquí.

Y entonces sonaron aquellas palabras que parecieron una condena, aquellas palabras que he recordado una y otra vez y que temo guíen mi destino:

—Juan, sabes que no te sentirás a gusto en ningún sitio donde vayas.

Después vinieron unos días en los que tuve ganas de reírme de todo. De tomar a broma todo lo que viniera, bueno o malo. Me di cuenta de que nada era eterno, pero tampoco nada moría. Sólo quería ser feliz.

Ya había pasado la época en que quise ser fuerte. ¿Para qué? Quería solamente ser feliz con la corriente del río que me llevaba. No anhelaba nada más. Quería dejar atrás todas las cosas que me impedían amarme más a mí mismo, sí. Pero no podía dejar a Esperanza. Pensaba por ella a todas horas, desde que el sol rayaba por el mar hasta que se escondía tras las colinas. A veces la tenía también en sueños aunque dormía a mi lado. Su alegría era también la mía, y su espíritu me había hecho tanto bien que me era imposible no estarle agradecido por el resto de mis días. Pero, ¿qué futuro y qué vejez me esperaba en unas tierras al otro lado del mar? ¿Acaso no dejaría de preguntarme todos los días que me restasen de vida qué hubiera sido de mí si no hubiera vuelto a mi país con mi misión cumplida? El Consejo de Ancianos, además, continuaba con su silencio.

No quedaba otra opción que partir.

El caso fue que, en el viaje de vuelta, me arrepentí más de cien veces de haber dejado atrás a mi amada. Ya no la voy a ver nunca. Y los silencios que me dedicó en la partida se repetirán siempre en mi memoria como castigo por haber sido tan necio y torpe. Por haber pensado sólo en mí mismo, por no haber comprendido que hay más de una felicidad, no sólo la del reconocimiento. Por no haber intuido que la que ella me tenía reservada era la más plena de todas, precisamente, por ser la más callada, por ser la más oculta, la más sencilla, tan diaria y natural que apenas nos damos cuenta cuando la tenemos. Debí haber ignorado al Consejo de Ancianos, tal como ellos hicieron conmigo. Debí haber buscado a mi hermano, tal como él hizo conmigo.

—Y aquí estoy de nuevo, Majestad. He vuelto para referirle lo que vi y lo que sentí, y aún con miedo de que Pedro Ureña o Tremonde resucitado vuelvan a mi vida escondidos en el cuerpo de un príncipe o un mendigo.

—Mi querido oficial, no sabes que el destino aún te depara más sorpresas —dijo el Rey.

Yo sabía que, en el fondo, el Rey me la jugaría. Ya lo hizo una vez y no salí bien parado: cojo, avejentado, sin dientes, con esta infame letra U marcada a fuego en mi frente. Yo sabía que el Rey me la jugaría de nuevo, quizá porque no debemos confiar en quien nos tiene cogidos de los redaños. Quizá él fuera otro como Tremonde, al servicio del mal.

El Rey dio dos palmadas y al momento entró en la cámara un soldado de la guardia, al que ordenó:

—Dile que venga aquí ahora mismo —me miró, se lo pensó mejor y dijo—: No, mejor que ahora no, espera un momento, hasta que te vuelva a llamar. Debo hablar con este oficial de unas cuantas cosas antes.

¿Quién tenía que venir? Mi verdugo, quizá; Ureña... No sabía. ¿Qué me tenía que preguntar el Rey?

—Os tengo que decir, Majestad, que ya no me importa nada de lo que pueda pasarme. Que no os tengo miedo; que, lejos de sentir dolor por lo inevitable, celebraré todo lo que hasta hoy he aprendido.

El Rey prorrumpió en una carcajada.

—No os preocupéis. Sólo os quiero preguntar, de una vez por todas, cuál es ese increíble secreto de los buscadores de perlas, si después de todo lo que os ha tocado vivir sois capaces de decírmelo.

Otra vez las dudas: ¿Podría confiar en el Rey? ¿Me denunciaría a la Inquisición si le confesaba el secreto? El sol empezaba a clarear el cielo de la sierra castellana; era un buen día para empezar a morir y estaba preparado para marchar de nuevo a presidio antes de que me quemaran vivo por hereje. Dios ya me había pedido permiso para escribir el final de la historia en el libro de mi destino.

—¿Veis este nuevo amanecer, Majestad? ¿Notáis su frescor? ¿Sí? Sentidlo, si me permitís aconsejároslo; sentidlo una vez más porque ni vos ni yo sabremos si será la última. Ésa es una de las condiciones para saber el secreto.



---

## 15.- El secreto que sólo se puede escuchar con el corazón

Majestad, dicen que todavía quedan muchos reinos que no han sido explorados por nuestros ejércitos. Yo he visto algunos. Son territorios que, aunque también sean de un Nuevo Mundo, nada tienen que ver con Sentise. Sus mares son cálidos y de color turquesa, están llenos de vida, pero carecen de las ostras perlíferas que suponen la perdición de los hombres. Aquellas tierras no están pobladas, por lo que cualquier viajero que las atravesase se siente, al mismo tiempo, dueño y extraño en aquel paraíso y siempre lo respeta. Además, como esas tierras tampoco están pobladas, nadie es señor ni esclavo de nadie. Los atardeceres tienen color naranja y de fruta madura. La brisa siempre es agradable. Y, lo más importante de todo, siempre ocurre lo que uno quiere que ocurra.

A mí me costó entenderlo. Yo antes creía que sólo era Dios el que escribía nuestro destino; sólo era Él quien decidía quién sería rey o plebeyo. Pero, desde hace algunos años, cuando ya me encontraba en el seno de los pescadores de perlas, empecé a sospechar que el Padre, más que decidir, jugaba con nosotros. ¿Cómo podía ser así de injusto? ¿Cómo podía permitir que muchos inocentes estuviéramos encerrados sin motivo alguno sólo por querer conocer una verdad?

Esto me hizo pensar que la búsqueda de la verdad, tan necesaria, da siempre quebraderos de cabeza. En primer lugar, porque no existe una sola, sino muchas, tantas como personas nacemos bajo el sol. Y, en segundo lugar, porque crecer como persona, pensar, ponerse a prueba a uno mismo, dudar incluso, es a veces doloroso y cuesta esfuerzo, como la mariposa nueva que rasga su celda de seda.

Para mí fue muy importante haber encontrado la Gruta de las Lechuzas y la conversación que mantuve con una de ellas, ¿recuerda? Me dijo que Dios escribía nuestro destino, pero después de pedirnos permiso. Y esto es verdad. Cuántas veces hemos deseado que nos ocurra un hecho desgraciado para liberarnos de una carga. Cuántas esposas cansadas, ciertas noches, a oscuras en su aposento y con su marido dormido al lado, piensan: “Ojalá se enamore de otra”, para evitar así el trago de abandonarlo. “Ojalá sea él quien me abandone a mí”. Y, a los pocos meses, ese extraño acto ocurre, y todo el mundo se extraña, todo el mundo se pregunta por qué se había roto lo que había unido Dios.

Sin embargo, pocos tienen la osadía de decirlo.

Luego me di cuenta que algunos hombres manejan los hilos de la vida como si ellos mismos fueran pequeños dioses. Pueden llegar a las Cortes más difíciles y hacer carrera en ellas. No tienen ética ni amor al prójimo, aunque ellos así lo crean. En muchos casos se les rinde pleitesía, aunque todos saben que hicieron su fortuna a costa de los demás. Los cristianos desengañados dicen que Dios se ha puesto de su lado y que Él no es justo, pues les otorga bienes y placeres cuando no los merecen. A mí me gusta más pensar que ellos han sabido *jugar al juego*.

Vos habéis creado la imagen de Vuestra Majestad que más os ha convenido. Preferís hacer creer a un pueblo analfabeto que estáis por encima del bien y del mal. La gente os teme, por qué no decirlo, porque para ella es más fácil temer que plantar cara. Hacer y pensar lo que todos: eso es lo fácil. A fin de cuentas da más seguridad. Salirse de la norma, tener un pensamiento propio, pensar que un rey también tiene pesadillas y actuar en consecuencia, eso sí que es complicado, eso sí que es difícil.

No sois tirano con el vulgo. Lo que pasa es que Vos sabéis que ellos son vagos de pensamiento; los despreciáis por esto, no porque seáis el Rey.

Y, luego, sois consciente de que, bajo las estrellas que nos vigilan a lo lejos, todo, absolutamente todo carece de importancia. Somos insignificantes. Comparadas con la amplitud del cielo, nuestras obras en la tierra tienen el mismo peso que una pluma que cae sobre una roca. Los crímenes que cometáis por alcanzar vuestros objetivos son también insignificantes, y al Todopoderoso no debe importarle, por tanto. ¿Cientos de súbditos han muerto a manos de la Inquisición? Bueno, qué más da, pensaréis Vos. A fin de cuentas, ellos no han sabido *jugar el juego*. Así aprenderán la próxima vez cuando, quizá, ellos sean los reyes.

Vuestra Majestad me pregunta cuál es el secreto de los buscadores de perlas. Sin embargo, intuye que, quizá, no existen ni los ríos ni los mares, ni las montañas, ni la luz. Intuye que, a lo mejor, unos somos los sueños de los otros. Puede que lo único verdadero en el Universo sea, no lo que vemos, sino lo que sentimos o presentimos.

He dicho antes que conozco el Reino inexplorado donde todo puede ocurrir a cambio de cierta condición. Algunos dicen que esa condición es tener el arrojo suficiente para creer, precisamente, que todo puede ocurrir. El secreto de los buscadores de perlas está relacionado con esto, pero no estoy en condiciones de decírselo. Precisamente, porque es un conocimiento que no se puede expresar con palabras, sino que sólo se puede entender o presentir.

No, hoy por hoy, no puedo deciros del todo cuál es el secreto de los buscadores de perlas.

—Oh, fantástico, capitán —dijo el Rey con cinismo y desprecio—, me habéis estremecido. ¿Tantos años de cautiverio para esto? ¿Para hacer el bufón delante de mí de esta manera? Estáis, capitán, verdaderamente loco. Pero miraos! Dais asco y pena. Y vos venís hasta aquí *y le decís a vuestro Rey cómo es...* Es de risa. Habéis de saber que, si os hemos dejado entrar, ha sido por simple curiosidad, para saber qué es lo que dice un loco. No sé si mandaros ahorcar o reclueros en galeras. ¿Qué preferís? ¿Qué queréis? Os voy a demostrar quién es el Rey. Vais a tener vergüenza de vos mismo.

Confieso que ante estas palabras agaché de nuevo la cabeza como al principio de la audiencia. Dios mío, me iban a ajusticiar: lo que no pudo el mismo diablo, lo iba a hacer un rey déspota con problemas para dejar descendencia. Recordé que los pensamientos son el primer paso de una acción, y volví a forzar el pensamiento:

—Lejos de sentir dolor por lo inevitable, celebraré todo lo que hasta hoy he aprendido.

El Rey simuló no oírme y continuó:

—Mejor se me ocurre otra cosa: os arrancaré la lengua para que no digáis sandeces y ordenaré que os dejen tirado por las calles de Madrid. A fin de cuentas, como decís, “todo da igual, nada existe”. ¿Te importa que te haga esto, esclavo? ¿De verdad que no te importa? Ah, lo mejor de todo será lo siguiente: diré quién eres realmente a los curas y a las buenas gentes que te den sopa boba. ¿Qué prefieres ser? Un loco, un violador, un sátiro... No sólo serás pobre, sino despreciado. ¡Dios mío, cómo se te ocurre esta falta de respeto hacia tu Señor!

Me miró reflexivo un momento y sentenció:

—Matarte con mis propias manos no sería propio de un Rey.

Maldita sea, yo debía pensar que iba a salir de aquella situación y que mi luz no podría ser apagada por cuatro palabras llenas de odio.

Hubo un día en que Ureña me lanzó unas palabras de poder: “Tu padre está muerto, tu hermano te odia y la mestiza no tiene alma y no puede quererte”. Con el paso del tiempo había comprobado que eran mentira: mi hermano pensaba en mí en la lejanía y Esperanza me quería.

Ureña sabía del poder de las palabras, y aquéllas estaban destinadas a amedrentarme. De igual modo, el Rey Felipe —rey sólo de los hombres, no debía olvidarlo— me lanzaba esas maldiciones para callarme, para probar mi valía, o para desahogarse él mismo. Podía enviarme a la hoguera, sí; pero yo también podía evitar su ira si sabía jugar bien con mi suerte. ¿Qué es lo que haría un lacayo y qué es lo que haría un noble?

¿Qué es lo que haría un buscador de perlas?

—Majestad, no me retracto de nada de lo que he dicho: lejos de sentir dolor por lo inevitable, celebraré todo lo que hasta hoy he aprendido. Es más, si queréis mostraros tal como sois, podéis hacerlo. No os preocupéis; en el fondo, todos somos niños.

El Rey me miró con expresión reflexiva, quizá rendido a una secreta evidencia. Entonces dio dos palmadas y entró en la habitación un lacayo al que ordenó:

—Dile que pase.

Agaché la cabeza. Esperaba que se cumpliera mi destino. Oí cómo se abrió de nuevo la puerta a mis espaldas, pero no quise darme la vuelta. El Rey preguntó a quien había pasado:

—Y, bien, ¿qué os parece?

Y una voz contestó:

—Majestad, este hombre merece ser respetado.

Voz masculina que era para mí familiar. Voz grave y cálida. Como estoy seguro que la tendrían los ángeles grandes y algo torpes que Dios nos pone en el camino para cuidarnos y, quién sabe, también para probar nuestra paciencia. Antes de darme la vuelta esbocé una sonrisa porque sabía que quien intercedía por mí era, de nuevo, Gabriel Galán.

—Has cambiado mucho en estos años, Juan Bautista.

Me dijo con cariño, como si antes de separarnos nos hubiéramos conocido desde hacía mucho tiempo atrás. ¿Cómo era posible, si sólo coincidimos en el barco *un día*?

—Tú no lo sabes, Juan Bautista, pero así ha sido. Yo te conocía mucho tiempo antes de encontrarme contigo en el barco. ¿Cuánto, Majestad? —inquirió al Rey— Quizá meses. Nuestro Señor me había ordenado espiarte, conocerte, aprender a quererte. Antes de conocerte en persona pregunté por ti a amigos tuyos y a tu gente cercana. Me contaron todo: la caída en desgracia de tu familia, la pobreza de tu padre, cómo quiso meterte a cura porque era el único sitio en donde un chico débil como tú podría sobrevivir. Me contaron también cómo te escapaste luego. Lo sé, tendrías unos diez años. Llegaste a casa y le dijiste a tu padre que querías ser soldado. Pero también sé que, en realidad, querías ser poeta. Ingresaste en el Ejército y es increíble todo lo que has aprendido.

Gabriel estaba emocionado. Por mí, alguien se había emocionado.

—Me dijiste que eras campesino, Gabriel. Me engañaste.

—Sí y no. Era campesino, pero también quise probar otras suertes, como tú. Y también, como a ti, me hicieron un encargo: saber si eras digno de realizar cometidos importantes para el Reino. Luego caíste preso y le dije a tu hermano dónde estabas. Yo te lo debía. Sin que lo supieras, he aprendido muchas cosas a tu lado. Sí, a tu lado aunque estábamos a semanas por mar de distancia.

—Capitán —me dijo el Rey— os hemos probado. Sabemos que quizá vos y nosotros sólo seamos el sueño de Dios. Sabemos que quizá no existan las montañas que nos rodean, o, simplemente, son ínfimas a los ojos de las estrellas. Y sabemos que, en toda esta fragilidad, un hombre puede conseguir lo que se proponga, porque nada es lo

suficientemente grande. Os hemos probado, digo, y en mí recae parte de la culpa de que os encontréis así. Decidme qué es lo que deseáis y os juro que lo tendréis.

Cerré los ojos y al instante apareció una imagen, el sueño, el favor que quería conseguir. Pero ese sueño, ése en cuestión, ya era imposible de hacerse realidad.

—Un momento —dijo el Rey, que parecía haberme leído el pensamiento—, recuerda que *todo* es posible.

Dije que no con la cabeza con media sonrisa de resignación. No, ese sueño no ocurriría.

—Intentadlo de nuevo.

Cerré los ojos y lo deseé con toda mi alma. Pero al abrirlos sólo estaba un vacío y la certeza de que tenía que aprender mucho más, de que aún tenía que aprender mucho más.

—Déjelo, Majestad, no importa —dije—. Sólo quiero unas postas para llegar hoy a Madrid. Allí ya me buscaré el sustento.

Ni el Rey ni Gabriel Galán me dijeron nada cuando hice una última reverencia. Se quedaron quietos y me siguieron con la mirada mientras llegaba hasta la puerta.

—Recordad, capitán, vos mismo habéis comprobado que todo es posible. No desfallezcáis ahora: hemos nacido para aprender.

Galán ordenó a los guardias que había en la puerta del aposento que me franquearan el paso. “Hasta la vista, amigo. Sabré de ti”.



No sé qué tienen todas las mañanas que siempre me recuerdan que algo nuevo empieza. Es como si se parase el mundo o el tiempo, como si volviera a la niñez, antes de que mi padre me ingresara con los monjes. Entonces, me asomaba a la ventana para escuchar el piar de los gorriones.

Aquella mañana esos mismos pájaros me recordaban que mi viaje aún no había terminado.

Me embocé la capa y mi sombrero nuevo. Abrí la puerta sin que el silencio de Galán y el Rey me pesara. Los guardias de la me dejaron el paso franco.

—Déjame que te acompañe —dijo Galán tomándome del brazo, como si yo fuera un ciego.

Me llevó de nuevo por los pasadizos que antes había recorrido tras los soldados del Rey y fuimos a parar al patio de soportales de aquel inmenso y sobrio palacio aún sin concluir. Una cara conocida se acercó a nosotros y le dijo a mi ángel de la guarda:

—Gabriel, veo que me traes otra vez a mi amigo.

Era aquel oficial, antiguo compañero, quien, casi como un milagro, apareció la tarde anterior y posibilitó que yo entrara a palacio.

—¿Ves, Juan Bautista, que, como te dije ayer, quizá nos íbamos a ver antes de lo que creías?

—Sí, las sorpresas son infinitas —contesté algo irónico.

—Lo dices medio en broma, pero así es. Todavía te quedan más sorpresas que vivir. Vamos, ¿dónde está tu alma de aventurero?

—Se quedó con mi espada al otro lado del mar. Bueno, con mi espada y con alguien al otro lado del mar.

—Querido capitán: a lo mejor no se es aventurero por cruzar los mares; quizá aventurero sea quien cruza los días de su vida esperando las mejores buenas. ¿Qué crees, Gabriel?

—Que sólo así ocurren: cuando se las espera.

Los dos miraron extrañados una repentina tristeza que me había embargado.

—Pero no te pongas triste. ¡Has hablado con el Rey! ¡Has triunfado! ¡Has cumplido sus encargos! Estamos seguros de que, pasados unos días, mandará ayudarte en la Corte.

—No he cumplido todos sus deseos. No le he dicho cuál es el secreto de los buscadores de perlas.

Mis dos amigos se miraron, como si en el fondo ellos supieran toda la verdad.

—¿Por qué no lo hiciste, capitán?

—Porque no lo puedo expresar con palabras. Apenas soy consciente de saberlo, y no siempre. A veces llega a mi mente, como una luz que vive en mi corazón un par de latidos. Entonces sé con toda la seguridad del mundo que todo, absolutamente todo tiene sentido. Entonces estoy contento y me siento seguro y fuerte. Pero todo se desvanece como viene y vuelvo a estar en estas tierras, con ropas nuevas que no sé llevar, con esta infamen letra U que tendré por siempre grabada en la frente, con una sonrisa que ya no es sonrisa sino mueca de pena si enseñó los pocos dientes mellados que apenas me quedan...

Mis dos amigos volvieron a mirarse, cómplices.

—Juan Bautista, ¿alguna vez deseaste con toda tu alma volver a ser el que fuiste?

—Por Dios, claro que sí. Volver a ser el que fui sabiendo todo lo que sé hoy. Buscando de la vida todo lo que merece la pena ser buscado, no sólo el reconocimiento ni la posición. [Oh, claro que sí que he deseado alguna vez volver a ser el que fui y presentarme de nuevo ante Esperanza, mi querida Esperanza para hacerla feliz!

—Pero, ¿qué tonterías dices, capitán?

No entendí lo que querían decirme con ese gesto, con esa burla.

—Quien no entiende a vos soy yo.

—Que, sin duda, estáis loco. ¿Qué opinas tú, Gabriel?

—Totalmente loco —contestó mi amigo con sonrisa serena.

—Sí, loco de remate. Se queja de tener unas heridas que no tiene. *Unas heridas que no tiene.*

Me señaló mi frente e hizo ademán con la mano de que me quitara el sombrero y el pañuelo que me cubría la cabeza.

Así lo hice.

Me llevé la mano a la frente. Mis manos no reconocieron ese tacto nuevo. ¿Dónde estaba la cicatriz, la U de Ureña? Mis dedos trémulos la buscaban una y otra vez. No podía creerlo: había desaparecido.

—Vamos, capitán, ¿te pasa algo?

Justo cuando quise contestarle que sí, que estaba absorto, asombrado por aquel prodigio, él se llevó sus dedos índice y corazón a la boca. Se tocaba los labios, los señalaba, como si quisiera decirme algo.

Llevé también mis dedos a mi boca. Con la lengua toqué los dientes. ¡Esos dientes que antes me faltaban!

—¿Qué habéis hecho? ¿Es brujería? ¿Me habéis drogado con alguna pócima en la cena? ¿Todo esto es real?

“Será tan real como tú quieras que lo sea”, me dijeron casi al unísono. “Asómate al patio y verás el destino que mereces”.

Antes de que yo partiera al otro lado del mar, se decía que el pináculo que coronaba la basílica de El Escorial albergaría un ladrillo de oro. Esa pieza (el único detalle fastuoso de aquel palacio austero) supondría la coronación de un proyecto largo y penoso, en el que docenas de artífices y demás obreros dejaron sus vidas. También aseguraban que daría suerte verlo brillar en el instante en que el primer rayo de sol llegara hasta él. ¿Estaría ya colocado en el pináculo? ¿Tendría la suerte de verlo? Salí al patio con el mejor de los deseos.

Y lo que me deslumbró fue algo más luminoso que el brillo del oro.

Fue el brillo de un alma que había esperado durante semanas de travesía.

—¿Esto qué es? —pregunté a mis dos amigos—. ¿Esto es real?

—Es todo lo real que tú quieras que sea.

Cuando Esperanza se volvió hacia mí, vi todo el mar en su mirada, vi que todo había tenido sentido: el partir, las penalidades, la liberación azarosa, la burla del Rey. La mujer que amaba estaba delante de mí; la mujer a la que yo creía perdida al otro lado del mar. No sabía cómo, pero estaba delante de mí, vestida de blanco, sobria como una dama.

Aquella pierna que yo tenía lastimada ya no me dolía. No me dolía nada. Era un hombre nuevo. Fui corriendo hacia Esperanza y la abracé. Entonces ella me dijo con la sonrisa más dulce que jamás he visto:

—Tenemos que volver, Juan. Tenemos que encontrar a tu hermano y también —hizo una pausa— tienes que compartir con el Consejo de Ancianos todo lo que te ha pasado en el viaje de vuelta.

¿Volver? ¿No había sido desterrado?

—Ellos te echan de menos; te están esperando. Vamos a Sevilla, allí zarparemos hacia el otro lado del mar.

La abracé de nuevo y me sentí el hombre más dichoso del mundo. Amaba y era amado y, además, ya sabía que nunca, nunca iba a dejar de ser un buscador de perlas.

---

## A modo de epílogo y notas bibliográficas. De cómo el robo en una casa puede ser el primer paso para escribir una novela

Hace mucho tiempo, yo tuve una amiga a quien los ladrones robaron en casa. Sucedió un viernes por la tarde, cuando ella y su compañera de piso estaban fuera del domicilio, dando un paseo. Cuando volvieron se encontraron la puerta forzada y, una vez pasaron dentro, vieron que todos los armarios estaban abiertos, con los cajones fuera de su sitio, y con todo su contenido esparcido por el suelo. Los ladrones habían buscado joyas y otros objetos valiosos de pequeño tamaño.

Quizá, los cacos las habían estado vigilando para saber sus horarios y costumbres. Y, quizá, también por añadidura, también conocían los míos pues visitaba con frecuencia a mi amiga. El robo parecía pensado y ejecutado con la pericia y rapidez de auténticos profesionales. Es más: unos expertos a quienes consultamos corroboraron que, por la forma que tuvieron de actuar, eran, en efecto, una banda organizada. Y apostillaron: “Últimamente operan por aquí bandas de colombianos”. *Co-lom-bia-nos*. Vaya, dicho así, con suspense y voz grave, asustaba. *Co-lom-bia-nos*.

Nos entró la paranoia. Empezamos a sentirnos vigilados cuando, en realidad, ya no lo estábamos, si alguna vez fue así. Durante los días siguientes, sólo bastaba para que yo me tropezara por una calle solitaria con alguna persona con la piel ligeramente canela para que creyera que era miembro de una

peligrosísima organización dedicada, sin duda alguna, a robar por los pisos. Lo más sensato era mantenerse un par de metros alejado y las piernas listas para la carrera, por si acaso.

Por entonces, yo trabajaba para una agencia de comunicación y relaciones públicas que tenía como cliente a una institución del sector editorial. Ésta estaba interesada en los planes de fomento de la lectura tanto de países europeos como latinoamericanos. El azar quiso que mis jefes me encargasen entrevistar al agregado cultural de la Embajada de Colombia para saber cómo se fomentaba la lectura en aquel país. Lamento no acordarme del nombre de aquella buena persona; pasé un rato largo muy divertido, me sentí como en mi casa y fui objeto de constantes atenciones.

El agregado me informó de muchas cosas. No sólo me recordó lo que yo ya sabía (que su país estaba en guerra constante) sino que, curiosamente, los únicos vehículos a los que la guerrilla dejaba el paso franco eran los *jeeps* que transportaban libros.

Cuando me fui, contento por todo lo que había aprendido, oí que una voz me llamaba: “¡Juan! ¡Juan!”. Me di la vuelta y allí estaba él, con un libro en la mano.

—Es un obsequio para usted —me dijo— es de un gran autor nuestro y seguro que le encantará.

Nos volvimos a despedir con una sonrisa en los labios y, mientras me dirigía hacia el autobús para tomar el transporte público, me di cuenta de la increíble paradoja que había tenido lugar. El destino había querido darme una importante lección (hoy me la sigue dando): la bondad de las personas, su

inteligencia y su sabiduría están por encima de cualquier prejuicio social; el alma no sabe de nacionalidades ni de lugares de origen.

El libro que aquel hombre me había regalado se titulaba *Las auroras de sangre*; el autor, William Ospina. El libro es una biografía del cronista de Indias Juan de Castellanos y es también un análisis de su obra *Las elegías de varones ilustres de Indias*. Castellanos fue testigo, entre otros muchos hechos, de lo que aconteció en Cubagua, una isla venezolana en la que los indios nativos fueron esclavizados por los españoles para obtener las perlas del fondo del mar.

Y pasó el tiempo y cambié de trabajo.

El primer día que entré en la nueva oficina descubrí en los anaqueles de la librería una edición no venal del *Sumario de la Natural y General Historia de las Indias*, de Gonzalo Fernández de Oviedo. Sorpresa: el autor también hablaba de los pescadores de perlas.

Este título me llevó a otra lectura: *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, de Bernal Díez del Castillo.

Sin querer, había ido acumulando, a lo largo del tiempo, cierta cultura general sobre el siglo XVI y, en concreto, sobre la conquista de América.

Mi imaginación empezó a gestar una historia: la de un español al que esclavizan para pescar perlas del fondo del mar. Siempre me había llamado la atención la vida de Cervantes, un soldado con vocación de poeta que sufre un cautiverio de años lejos de su hogar. Esa figura existía, era posible. Empezaba a nacer en mi cabeza y en mi corazón el personaje de Juan Bautista Beniel, a quien Felipe II envía a las tierras del



otro lado del mar para cumplir ciertos encargos. En Sentise, isla ficticia de Venezuela, Beniel será preso de los enemigos del Rey. Será obligado a convertirse en un pescador de perlas.

El Rey: Felipe II, siempre enigmático. Me dirigí a mi biblioteca pública preferida y tomé una interesante biografía escrita por Henry Kamen (*Felipe de España*), que le contemplaba con una visión más humana, advirtiendo todas sus luces y sombras.

Me puse a escribir, pero me asaltó una duda: ¿cómo podía hablar mi personaje? ¿Cómo podía hacerle pasar por hombre del siglo XVI con un lenguaje del siglo XX? Nieves Vázquez Núñez, filóloga especializada en los cronistas de Indias, me explicó cuáles eran las muletillas y formas de expresión más comunes en el habla de aquellos aventureros. Me dejó, además, un libro: *Konquistadoren als Historiographen*, de Eva Stoll.

Siento no acordarme de las docenas y docenas de páginas web por las que curioseé y de algún que otro libro más que hojeé y cuyas referencias no me vienen a la memoria. Pero me siento en la obligación de recordar todas estas fuentes con gratitud y también de recordar cómo una paradoja puede ser el primer paso para escribir una novela.